

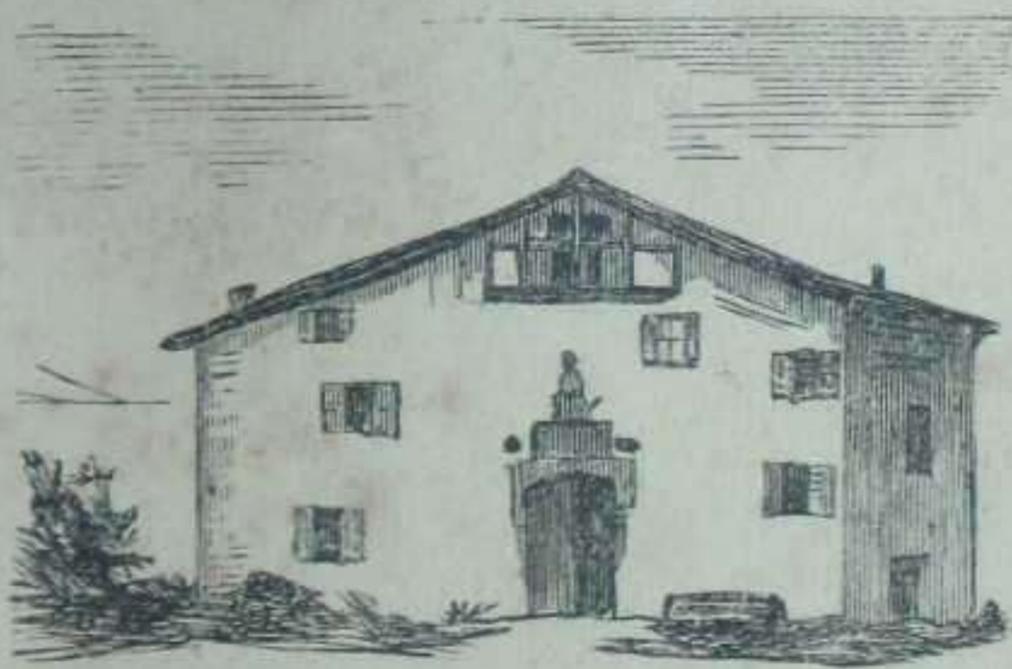
# UN DRAMA EN LA FRONTERA

POR MR. DASCONAGUERRE

TRADUCIDO AL CASTELLANO BAJO LA DIRECCION

DE

D. VICENTE DE MANTEROLA



MADRID

LIBRERIA DE D. GUIO, ARENAL, 14

1872

164

M - 10191  
R - 4521

A.T.V.  
3022



# UN DRAMA EN LA FRONTERA.

---

(EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL: 1834.)





Ganich.



# UN DRAMA EN LA FRONTERA

POR MR. DASCONAGUERRE

TRADUCIDO AL CASTELLANO BAJO LA DIRECCION

DE

D. VICENTE DE MANTEROLA

y adicionado con una introduccion y un apéndice del mismo



CASA DE GANICH.

1872

MADRID

BAYONA

SERRANO, 14, 3.º IZQUIERDA | LIBRERIA DE MR. DESPLAN

---

Es propiedad.

---

## DOS PALABRAS AL LECTOR.

Un hombre anciano y demacrado llegaba triste, meditabundo y cabizbajo á casa de un notario de Bayona. Se trataba de formalizar una escritura: y apenas la hubo firmado con pulso tembloroso, y manchando el papel con el sudor frio de su frente, víctima de una convulsion espantosa, dió un violento rugido y cayó inerte como un cadáver.

El notario le prodigó á manos llenas toda suerte de auxilios y de consuelos. Vuelto en sí el paciente, y vencido de la cariñosa insistencia de su amable bienhechor.....

—«¡Ah, Mr. Dasconaguerre! exclamó: hasta ahora he vivido honradamente con mi trabajo; desde hoy..... ¡Ah!!! ¡Soy padre! mis hijos han perdido la casa que heredé de mis antepasados; ¡desde hoy..... anciano, enfermo, sin poder trabajar..... sin casa, Dios mio, sin casa..... sin esa casa que he necesitado enagenar á favor de mis acreedores!.... ¡Ah, Mr. Dasconaguerre, esto es ya demasiado..... no lo puedo soportar!»

El notario lloró con su desgraciado cliente.

El desgraciado era un héroe... ¡era Ganich!

¿Podía dejársele morir de hambre?

Hé aquí la historia del libro que Mr. Dasconaguerre publicó en la antiquísima lengua euskara con el título de *Ecos del Paso de Roldan*.

Propúsose hacer una buena obra, y salió de su pluma un libro admirable. Intentó narrar un episodio histórico, y resultó un envidiable poema.

Periódicos de todos los matices han celebrado y elogiado en Francia con entusiasmo muy extraordinario la aparición de un libro que ha venido á revelar al mundo de qué encantos es susceptible y de cuánta belleza es capaz la poco conocida literatura *euskara*. *La Gironde* y *L'Independance Belge*, lo mismo que *Le Monde* y *L'Union*, que son como los polos opuestos del periodismo francés, han recomendado con calor la adquisición de este precioso libro. Cien periódicos le han consagrado artículos muy laudatorios. Cincuenta prelados han bendecido la obra y la han recomendado en sus respectivas diócesis.

Traducido el libro por su mismo autor al francés, fué poco despues vertido al idioma inglés y á algunos otros. En todos los países, y en Ultramar quizá más que en Europa, el éxito del libro ha sido asombroso.

Debemos prometernos que iguales efectos, y aun más, ha de producir en España la traducción que hoy ofrecemos.

VICENTE DE MANTEROLA.

---

---

## I.

### **El paso de Roldan.**

El viajero que, atraído por los encantos de la naturaleza, recorre con emociones dulcísimas las seductoras playas de Biarritz y de San Juan de Luz, no da por terminada su escursion deliciosa sin haber visitado el célebre paso de Roldan.

Allí contempla asombrado sus imponentes masas de granito, montañas gemelas que se elevan y ocultan su cabeza en el cielo. Sus robustas laderas aparecen siempre verdes, ya salpicadas de retama, de doradas flores, ya atravesadas de surcos naturales, destacándose cortes anchurosos erizados de rocas que parecen desplomarse sobre sus afiladas puntas. Aquí un inmenso lecho en cuyo fondo el Nive arrastra perezoso sus cristalinas aguas; allá una sombría y salvaje garganta obstruida por desgajadas rocas, en cuyo fondo

el río se despeña entre espumoso torbellino, retorciéndose como una serpiente herida que lucha con la muerte.

El arte y el génio han intentado en nuestros días, por un esfuerzo de osadía sublime, vencer la tenaz resistencia de una naturaleza cuya fantástica exuberancia arroba el alma y la fascina con mágia misteriosa. La piqueta del minero resuena ya en el fondo del valle; algunos pasos más, y fácilmente se podrá recorrer el paisaje más pintoresco de los Pirineos, descubriendo cómo se introduce y desarrolla el movimiento y la vida en tan desiertos como solitarios lugares.

El paso de Roldan tiene su tradicion, su historia; seductora leyenda que todo el mundo conoce. El Paladin se abrió camino á través de esas rocas inclinadas sobre un abismo, y su sombra poderosa parece gravitar todavía con magestad imponente sobre las empinadas cumbres de nuestras montañas. Pero el paso de Roldan tiene tambien su moderna epopeya; tiene conmovedores recuerdos; tiene..... *ayes* queridos, cuyos ecos tiernísimos me propongo repetir.

Vosotros, que habeis admirado esos pintorescos paisajes, ¿no recordais haber visto un sendero angosto como una cinta, que serpenteando por

la falda derecha de la montaña conserva todavía impresas las huellas de los contrabandistas y de los rústicos moradores de aquellas pobres cabañas? ¡Cuántas y cuán interesantes escenas tuvieron lugar en aquel solitario camino!

Con frecuencia sucede que así como en las costas se improvisan bravos y entendidos navegantes, los grandes y dilatados bosques parecen crear entre sus espesos matorrales al cazador furtivo; las cordilleras inaccesibles, límite natural entre dos pueblos distintos, son, por regla general, dominio predilecto del audaz contrabandista: porque los sitios en donde sentimos la primera caricia ó en que ordinariamente habitamos, influyen poderosamente en nuestro carácter é inclinaciones, imprimen en nuestro corazón sus signos característicos, parece, en fin, que, envolviéndonos en su atmósfera, nos trasforman á su semejanza. Por eso con frecuencia el hombre se revela marino ó pirata, poeta ó gramático, según el sitio en que nació ó el lugar de su residencia.

No lejos de esa ondulosa cinta se destaca en el frente de la montaña una casita blanca y modesta, pintorescamente situada entre un grupo de castaños, poética por su graciosa situación, ale-

gre como un precioso nido de palomas, rodeada de flores y follajes.

Allí habitaba un hombre de gigantesca y flexible talla, brazos musculosos, mirada ardiente: dotado de una infantil dulzura, de un alma bella como la inocencia y un corazón bueno y leal, abierto siempre á la compasión más noble y desinteresada. Generoso hasta la prodigalidad, prestaba y daba cuanto tenía á todo el mundo.

Al pie de esta sencilla morada distingúense espantosos abismos, profundas cavernas, inaccesibles desfiladeros que sirven de guarida á los lobos. En lontananza se descubre la elevada cima de los Pirineos españoles, á cuyas plantas se estiende un lindísimo valle que parece defendido de la zona fiscal y su ávida jurisdicción por moles inmensas de cordilleras gigantes. Allí no ha penetrado aún el odioso registro, ni el miedo á los *carabineros*: el contrabando, que entre nosotros se castiga severamente, está allí consentido, casi autorizado.

El hombre cuya historia vamos á referir, nacido en una posición oscura, pobre y sin instrucción, no podía comprender esas prohibiciones, esos castigos tan severos en su patria, y que casi á su vista, á dos pasos no más, en el territorio es-

pañol se gozase de una impunidad completa: esto le parecía absurdo, un verdadero contrasentido.

Aquellos que hubieran debido hacerle comprender la razón de la severidad de las leyes impuestas á su país, eran los primeros en exaltar su espíritu aventurero.

Todos los magnates de aquellos contornos recurrían frecuentemente á su valerosa abnegación fortaleciendo unas convicciones que tan eficazmente servían sus intereses particulares, y ¡cuántas señoras no recurrieron en momentos de angustiosa ansiedad á su reconocida galantería! Anunciábase un banquete, una *soirée*; de ahí el obligado de blondas, de ricos y elegantes pañolones. Una y otra paloma volaban llevando bajo sus alas perfumados billetes, y si poco después un rayo de luna hubiera venido á iluminar el áspero y oscuro sendero de la montaña, hubiérase visto descender á Ganich—este es el nombre de nuestro héroe—protegiendo cuidadosamente bajo su roja faja, semejante á una madre que preserva con su cariño especial al hijo querido, una capa de encajes ó un cachemir suave y blanco como el armiño. Y todo esto debía lucirse tal vez aquella misma noche y en medio de una sociedad llamada á castigar severamente, acaso al siguiente

dia, al hombre que habia sabido arrostrar valerosamente todos los peligros para dejar satisfechos los caprichos de una dama elegante.

¡Ay! ¡cuán fácil es caer en esta clase de faltas, cuando se tiene por instigadores elevados personajes ante los cuales todo se inclina!

¿Y creereis que Ganich llevaba á cabo tan peligrosas empresas cediendo al aliciente del lucro, y que era esto lo que le hacia arrostrar el calor y el frio, los precipicios y los huracanes? No: preguntadlo á los que le conocen....

Un dia disponíanse cuatrocientos contrabandistas á pasar la frontera bajo las órdenes de este hombre tan oscuro como valiente. Era imposible el sigilo entre tantos. Informada la administracion de aduanas del dia y hora en que numerosos paquetes de encajes y fardos de tabaco debian pasar por los desfiladeros del paso de Roldan, destacó una partida de sus fuerzas para detener á tan audaces como numerosos contrabandistas. Pronto los ecos de la montaña repiten espantosa gritería: sorprendida la caravana, cae sobre sus contrarios como un solo hombre: estos resisten valerosamente, pero inferiores en número, agobiados bajo el peso de tan poderoso esfuerzo, sucumben: todos los guardas rinden sus armas

ante los garrotes de aquellos fieros montañeses. Mas el jefe militar lucha todavía, consigue desasirse, se apodera de una pistola, y lanzándose sobre Ganich, la descarga á quema ropa sobre su pecho. Ciegos de furor, apodéranse los contrabandistas de aquel hombre que acaba de herir á su idolatrado jefe. Pero Ganich conserva su sangre fria, y comprimiendo con ambas manos su ensangrentado pecho:

—«Deteneos, exclama, y respetad su vida: ha cumplido con su deber.»

Al pronunciar estas palabras, cae; pero con ardiente mirada se asegura de que, tanto el jefe como sus subordinados, han sido puestos en libertad, y sus facciones, aunque contraídas por el dolor, reflejan todavía los sentimientos de su alma noble y generosa.

Algunos meses despues el Tribunal de *Assises* es solemnemente convocado para juzgar el delito de resistencia á mano armada, y Ganich, llevando sobre su pecho las señales de una terrible herida, aun no cicatrizada, pálido el semblante por el sufrimiento, se presenta con mirada tranquila y reposado continente ante los jueces que debian juzgarle.

A su vista, el numeroso concurso se estremece:

todos se acercan para poder conocer mejor á este hombre extraordinario: la defensa le eleva sobre un pedestal, y hasta la acusacion misma participa de la admiracion y respeto general.

Un solemne fallo le absuelve.

Su lectura es acogida con frenéticos aplausos, y el valeroso vasco, que tan grande se mostró ante la muerte, es conducido en triunfo. (1)

---

(1) Monsieur Saint Blancart fué el jefe encargado de detener la partida de contrabandistas mandada por Ganich. Durante su vida siempre habló de este hombre con la mayor admiracion, no cesando de repetir: «Le debo la vida, é hice cuanto pude para matarle.»

---

---

## II.

### **Un palacio improvisado.—Los gitanos.**

Nada hay tan grato como enumerar y referir las acciones generosas de nuestros semejantes, y de ahí que lo mismo admiremos con veneración y respeto á los grandes hombres de la monarquía como á los héroes de la república ó las glorias del imperio.

¿Qué importa el partido á que pertenezcais ó el gobierno en cuyas filas militeis? El hombre honrado, generoso, bravo y leal, cualquiera que sea la bandera que levante, tiene derecho á vuestro respeto, consideración y simpatías: solamente las almas pequeñas, los espíritus mezquinos cuya grosera envoltura les impide distinguir los puros destellos de la virtud, rechazan ciegamente á los que no piensan como ellos.

Era la época en que España, no pudiendo cons-

tituirse, á pesar del testamento de un rey, se resistia á inclinar su frente bajo un cetro caido en las débiles manos de una niña.

La guerra civil habia estallado entre los españoles: la sangre corria á torrentes: habíase levantado una bandera, y esta bandera ondeaba triunfante, cuando altos personajes desterrados de España y afiliados á la causa de D. Cárlos resolvieron correr á participar de sus peligros y sus glorias. Difícil, casi imposible se hacia el paso de la frontera, y era preciso encontrar un hombre que con peligro de su vida abriera el camino de su pátria á aquellos nobles señores.

Resonaban los ecos del paso de Roldan con las gloriosas hazañas de Ganich, y en el seno de las familias vascas todos se complacian en repetir su nombre tan querido á la sazón en el país. La prensa en 1834 habia atraído la admiración general sobre este hombre singular y magnánimo. ¿Podia encontrarse más seguro guía que aquel cuya lealtad y abnegación llamaba la atención de todos? Sin embargo, ¡habia tantos obstáculos que vencer! Vigilada la frontera por multitud de guardas y soldados, no quedaba otro recurso para pretender con éxito burlar su activa vigilancia que acudir á la estratagema de disfrazarse: adop-

tado tan extremo recurso, veíanse generales, marqueses, consejeros, ora ocultos bajo el humilde traje del pastor, ora transformados en frailes, arrieros ó titiriteros; contrabando de nuevo género que era preciso conducir al otro lado del Pirineo.

Pero ante la poderosa iniciativa de un solo hombre, todos los obstáculos desaparecen, las dificultades pierden sus gigantescas proporciones, lo que ántes parecia de ejecucion difícil ahora es fácil y hacedero. ¿Quién es ese hombre cuyo mágico poder ha obrado semejante prodigio?... Preguntadlo á aquellos grandes señores que, peregrinos errantes por los bosques en aquellos críticos dias, fueron á guarecerse bajo el hospitalario techo de la casita solitaria, de esa encantadora morada, cuya situacion hemos descrito. Semejante al traje de sus huéspedes, aquella rústica mansion habia experimentado una metamórfosis muy estraña: ayer era el retiro de un gentil-hombre, hoy hospedaje del presidente del Consejo de ministros; mañana departamento del ministerio de Hacienda, de cuyo jefe conserva el valeroso Gannich un inolvidable recuerdo (1).

---

(1) Bonos sobre el Tesoro español por valor de 90.000 francos.

Sí; la casa de Ganich fué desde entonces el punto de reunion de los jefes carlistas; y á fin de hacerles los honores debidos, algun lujo habia reemplazado su anterior sencillez. Sus blancas paredes habian desaparecido bajo ricos tapices: sus camas, antes limpias, pero adornadas sencillamente, estaban cubiertas con tejidos de encajes y seda; blandas, mullidas alfombras ocultaban su rústico pavimento, decorando sus habitaciones muebles cómodos y suntuosos. En este improvisado palacio hubiérase podido ver, iluminada por las reparadoras llamas de una elegante chimenea, una mesa siempre servida, cubierta de los manjares más delicados y de los vinos más esquisitos.

El generoso Ganich lo habia puesto todo á disposicion de sus nobles huéspedes, y más de una vez el ministro de Hacienda, escaso de recursos para atender á las necesidades de la guerra, giró á la vista sobre la modesta caja del valeroso contrabandista; quien no solamente sacrificaba su fortuna y esponia su libertad por la causa de D. Carlos, sino que frecuentemente arriesgaba hasta la vida en servicio de la misma.

Una noche, acompañado de sus criados, conducia un convoy de dinero por valor de 400.000

francos que habia salido de Bayona con destino al ejército de D. Carlos. El cielo estaba nebuloso, el camino desierto y silencioso, no escuchándose otro ruido que el monótono de las cabalgaduras: todo parecia favorecerle.

El reloj de *Arnus* daba las doce.

De repente el seto que se levanta á los lados del camino ábrese bruscamente: multitud de sombras interceptan el paso, y una voz enérgica grita:

—«La bolsa ó la vida.»

A esta interpelacion amenazadora Ganich se lanza sobre sus enemigos, y blandiendo su formidable *makila* (1):

—«¿Amenazas á Ganich?.... exclama. Acercaos, acercaos si os atreveis, miserables.»

Dos tiros contestaron á este reto: una mula cae arrastrando á su conductor; todos se detienen asustados creyéndose perdidos.

—«Cobardes, asesinos,» exclama el valeroso Ganich con voz de trueno, acometiéndoles con el arrojo de una pantera herida.

Despues de una encarnizada lucha, son vencidos los salteadores: nuestro intrépido vasco des-

---

(1) Baston vascongado guarnecido de hierro.

garra su faja, y ayudado de su gente, que ante el valeroso empuje de su jefe habiase reanimado, los ata y los forma en vanguardia.

Estos nocturnos merodeadores formaban parte de una tribu de gitanos que vagaba por aquellos contornos.

Los gitanos, raza proscrita enemiga de toda civilizacion, regularmente eligen para residencia en el país vasco los más desiertos y ásperos lugares. Su aventajada talla, negros ojos y tez cobriza recuerdan el primitivo tipo de las razas orientales; sin embargo, ninguno hasta nuestros dias ha podido averiguar su verdadera procedencia. Ladrones, disolutos, feroces, tienen todos los vicios del salvaje, sin ninguna de las virtudes que distinguen al cafre ó al indio. Viajan en cuadrillas, pernoctando algunas horas en cada lugar, para ejercer su género de vida: el pillaje, el robo, el asesinato. Tanto su nacimiento como su muerte, suele ocultarse con el mayor cuidado: ninguno podrá indicar el sepulcro de un gitano. . . . .

Prisioneros en poder de Ganich, imploraban misericordia; y este, sin escuchar más que las inspiraciones de su generoso corazon:

—«Marchaos, exclama, os perdono; pero ¡ay

de vosotros si volveis otra vez á interponeros en mi camino!»

Empezaban los primeros destellos de la auro-  
ra á disipar las tinieblas, cuando el convoy, tan  
valerosa é inteligentemente conducido, llegó al  
campamento carlista. ¡Magnífica ocasion para  
pedir el reembolso de sus adelantos hechos al mi-  
nistro de Hacienda! Pero Ganich ni pensó siquie-  
ra en semejante reclamacion, entregando íntegro  
el depósito confiado á su honor y lealtad.

Nada es tan comun, y si se quiere tan natu-  
ral, como la remuneracion de los servicios: el  
hombre cuando se afilia en un partido obra siem-  
pre con la esperanza de obtener una justa recom-  
pensa con el triunfo de su causa: este sentimien-  
to no debe ni puede sorprender á nadie. Pero  
la abnegacion ciega, sin cálculos, sin esperan-  
zas, hija puramente de una conviccion profunda,  
de un corazon heróico, es ciertamente digna de  
veneracion, de admiracion, de respeto. Séres tan  
privilegiados no pueden ni deben pasar desapercibidos.

¿Sabeis dónde frecuentemente se encuentra  
esa adhesion ciega, que parece superior á las hu-  
manas debilidades? En el corazon de hombres  
oscuros, sin educacion, pero modestos y hermo-

esos como la naturaleza en que respiran. La ignorancia no les ha permitido beber en los claros manantiales de la virtud por la ciencia: nuestros libros no han podido transmitirles sus morales preceptos: todo lo ignoran. ¿Qué puede haberles inspirado tan elevados sentimientos? Es el conocimiento casi intuitivo de una religion cuyos divinos preceptos están esculpidos en sus nobles corazones. Es la moral cristiana, la fé religiosa que los sostiene, vivificándolos con los dulcísimos destellos de su purísima llama.

---

---

### III.

#### **La fé religiosa en el pais vasco.**

Arraigada profundamente en el corazon del pueblo vasco la hermosa religion del Crucificado, su fé los vivifica y los sostiene. Dios es el gran móvil de todas sus acciones. A El las someten con reverencia profunda.

Pero cuando vemos languidecer la fé en otros países tambien católicos, ocúrresenos preguntar: ¿qué causa infunde y sostiene en el pueblo vasco esta creencia en Dios y en su verdad revelada? ¿Es, por ventura, la pompa religiosa ó el lujo de sus templos que deslumbrándolos, como humildes habitantes que son de las montañas, les dan acaso idea más sublime de la magestad divina? ¡No!... La iglesia en nuestras aldeas es sencilla, modesta, pobre como en los primeros tiempos del cristianismo. Edificio más ó menos capaz, segun la importancia del pueblo, eleva un modesto cam-

panario en forma de pirámide en uno de sus frentes, bajo cuya bóveda se destaca la campana; el techo cubierto de tejas encarnadas; las paredes, sencillamente blanqueadas, sin otra clase de adornos: á la entrada un saloncito cuadrado donde está la escuela: más adelante la alcaldía. En el interior el altar mayor y dos altarcitos laterales sin mérito artístico alguno: unas sencillas molduras doradas de trecho en trecho, ó cuadros humildes como sus autores, que vivieron y murieron ignorados; hé ahí toda la suntuosidad de esos templos. En el coro se ve el banco del señor alcalde, que á veces se asocia al canto llano, semejante al rey Carlo Magno. En la nave cada familia tiene su bayeta negra, piadoso recuerdo por aquellos que murieron. Sobre esta bayeta, paño fúnebre, cada vascongada dirige al cielo sus preces, ya de hinojos, ya recogida, sentada al estilo oriental.

Los hombres se guardarían bien de acercarse á las mujeres: sus asientos están en la galería alrededor de la nave. Cada vasco tiene el rosario en la mano durante los divinos oficios, en cuyo tiempo le recorre varias veces, besando al concluir sus dos pulgares colocados en forma de cruz: y si fuera posible descubrir su pecho, allí veríais

---

un escapulario, precioso talisman con ayuda del cual arrostra todos los peligros.

Concluida la misa, cada uno de los fieles saluda á su vecino respetuosamente: aunque estuvierais entre dos enemigos, les inclinariais la cabeza: una misa oida con devoto recogimiento acalla los rencores y purifica el corazon. El vasco fortalece su fé en los ejemplos que recibe de los ministros de Jesucristo.

El sacerdote es el amigo, la providencia de todo el mundo. Donde hay lágrimas que enjugar, dulces consuelos que verter, quebrantos morales que reprimir, allí está el sacerdote vascongado. ¡Cuán bella es su mision! ¡Mis ojos se humedecen con el recuerdo de las emociones que he experimentado! ¡De cuántas conmovedoras escenas he sido testigo! Junto al lecho de moribundos repugnantes por sus enfermedades, lívidos, contraidos, próximos á exhalar un postrer suspiro, he visto al sacerdote, unir sus lábios á los de aquellos desgraciados para consolarlos mejor, para recoger su última recomendacion, su oracion postrera.

No creais que su mano se muestra al público para dispensar el bien; no: prefiere la oscuridad y el silencio para sembrar con profusion sus beneficios.

Afligen dolorosamente á una familia repentinas desgracias: una madre llora la pérdida del hijo querido: tambien ella sucumbe arrebatada á sus afectos: allí está el sacerdote, al lado de los que lloran, y su palabra, llena de unción, de esperanza y de consuelo, es únicamente lo que interrumpe ese triste silencio que acompaña á las grandes aflicciones.

Además de tan saludables ejemplos, el vasco tiene otros no menos elocuentes, que alimentan su sentimiento religioso y vigorizan su fé católica.

Mirad en nuestros campos aquella casita blanca, que se abriga á la sombra del campanario de la iglesia. A su lado se levantan las tapias de un jardincito, por encima de las cuales asoman sus ramas algunos árboles frutales, alumbrados por los últimos rayos del sol: el ambiente que allí se respira es puro, perfumado, como las plantas que contiene.

Muchas veces ni un ligero ruido se escucha en ella, como si un misterio sagrado se celebrase en su interior: otras óyese el rumor de infantil alegría, ó armoniosos cantos procedentes de voces tan puras como angelicales: el transeunte se detiene dulcemente atraído.

Allí vive la humilde hija de la cruz, que re-

---

nuncia al mundo, á su familia, para dedicarse enteramente á la educacion de las clases pobres. Animada por la piedad, llena con valerosa perseverancia la noble tarea que se ha impuesto, y con la ayuda de Dios, vierte en el corazon de la juventud confiada á sus cuidados los consuelos de la religion, al mismo tiempo que, por medio de los primeros elementos de la instruccion, infunde el respeto á la familia; y cuando por la tarde regresan las niñas á sus hogares, no hay en el país vasco una sola madre que deje de bendecir desde el fondo de su alma á la santa hija de Dios que ha trasformado el objeto de su ternura.

El primero que concibió el noble pensamiento de fundar una sociedad religiosa cuya mision principal fuese dedicarse á la enseñanza de niños pobres, pertenecia á una antigua familia natural de este país, clásica tierra de abnegacion, cuyas virtudes son hereditarias. *Salle*, cabeza de esta familia, habitaba en el término de Bardos el castillo que todavía lleva su nombre (1).

Juan Bautista de la Salle nació en Reims en

---

(1) Combatia en 808 bajo las órdenes de Alfonso el Casto, rey de Navarra, cuando recibió una pedrada que le rompió las piernas: desde esta época la casa de los Salle usa en sus armas tres triángulos de oro, quebrados, en campo azul.

30 de abril de 1651, consagrándose desde muy jóven á Dios y á su culto. Escitado por su amor ardiente á la práctica de la caridad, y buscando los medios de ser útil á sus semejantes, despues de inauditos esfuerzos y de lucha constante para vencer la ignorancia y el espíritu de los partidos, consiguió organizar la enseñanza simultánea á favor de las clases pobres, contando para ello con el concurso de hombres decididos, modestos é inteligentes que tomaron el nombre de *Hermanos de la Doctrina cristiana*. Por esta institucion el R. P. la Salle mostró lo que puede el espíritu de caridad unido á una constancia inalterable: es uno de los ejemplos más bellos y más dignos de admiracion. Sus discípulos han continuado con perseverancia su obra de abnegacion, y, merced á sus generosos esfuerzos, la institucion de los *Hermanos de la Doctrina cristiana* ha progresado de una manera extraordinaria. ¡Dignos de respeto y de veneracion son esos hombres que abandonan el mundo, retirándose á una vida oscura, para consagrarse á la educacion de la infancia, sin otra pretension, sin ambicionar otra cosa que formar laboriosos obreros y buenos padres de familia!

El niño pobre es objeto de su más cariñosa

---

solicitud, esforzándose por hacer penetrar en su corazón principios de moral y virtud, á fin de prepararle para sobrellevar con valor la pobreza y sus amarguras.

¡Hombres que levantais tan dignamente y á tanta altura la bandera de la caridad, recibid los plácemes y las bendiciones que nuestros pueblos os dirigen en cambio de los beneficios que de vuestra ilustrada piedad reciben! ¡Vuestro fervoroso celo contribuye grandemente á que se conserve intacto el sentimiento de probidad, de honor, desinterés y moralidad en el corazón del pueblo vasco!



---

---

## IV.

### **El castillo de Belzunce.—La princesa de Beira.**

La princesa de Beira habia salido de su palacio de Salzbouurg con el objeto de unirse á su esposo, y fiel ejército. No nos ocuparemos de los incidentes de su viaje hasta su llegada á Belzunce, solar antiguo de góticos torreones, y habitado por un bravo caballero vasco, quien le ofreció hospitalidad como un verdadero castellano de la Edad Media.

El nombre de Belzunce tiene su leyenda en nuestras montañas.

Cuenta la tradicion que un caballero de este nombre combatió á un mónstruo que desolaba el país. Sin otra arma que su lanza, atacóle en su propia guarida, hiriéndole mortalmente; pero el dragon, en un esfuerzo supremo, arrojóse sobre su vencedor y le abrazó fuertemente, rodando con él hasta el Nive. Desde entonces la familia

de Belzunce lleva en sus armas *un dragon negro en campo de gules*.

Los Belzunce han perpetuado la herencia de abnegacion y bravura de este denodado caballero, cuyas glorias han sido cantadas por nuestros bardos. Su nombre se halla esculpido en la historia con caractéres de oro. ¿Quién no conoce los heróicos rasgos del obispo de Marsella?

Una noche la reina departia con el marqués de Belzunce aguardando al guía que debia conducirla al otro lado de la frontera.

—Marqués, ¿vuestro montañés es hombre de completa confianza? dijo la reina.

—Respondo de él, señora, con mi cabeza. Ganich es un vasco bravo y leal: los servicios que tiene prestados á vuestra causa, dicen con sobrada elocuencia que ni la traicion ni la cobardía pueden albergarse en su pecho: además, señora, cualquier montañés de este país debe inspiraros la misma confianza. Aquí todavía se encuentra la fé, la probidad de nuestros padres: la cabaña más humilde es un asilo inviolable para el extranjero. Confiad vuestra vida é intereses á un vasco, y estad tranquila: él espondrá la suya si fuese necesario para cumplir los deberes de la lealtad acrisolada.

Diciendo esto, la hermosa figura del marqués se animaba, y la reina le escuchaba con admiración.

Desde lo alto del castillo descubriase un magnífico panorama. En primer término, verdes praderas, donde jugueteaban alegres corderillos haciendo resonar campanillas pendientes al cuello, pintorescamente cercadas por hileras de olmos de magestuoso follaje. Más lejos, una cortina de verdes y copudos álamos regados por cristalinos arroyuelos: á través de sus ramas se distinguían cabañas lindísimas: del otro lado, pintorescos vallados cubiertos de enredaderas de rosa, entre las cuales se destacaban de trecho en trecho tiernos tallos de retama olorosa: en el horizonte las ásperas cimas de los montes alumbradas por los últimos rayos del sol.

La conversacion de la reina con su huésped decayó poco á poco. La princesa contemplaba dulcemente aquel cuadro magnífico y encantador: la vista de los Pirineos traíale á la memoria la imágen de la pátria; en su gracioso y noble semblante se dibujaban los diversos afectos que en aquellos instantes agitaban su alma, ya de tristeza y abatimiento, ya de esperanza y alegría; la llegada de dos hombres vino á sorpren-

derla en su meditacion profunda. Armados de *makila*, fiel compañera del vasco, se presentaron con naturalidad altiva. Eran Ganich y su amigo Manuel.

—Aquí teneis á vuestro guía, señora, exclamó el marqués mostrando á la princesa el más alto de los dos montañeses.

Al aspecto que presentaba aquel gigante, medio desnudo el pecho y los brazos, ceñida la cintura por una ancha faja encarnada, la princesa tuvo un momento de indecision; cosa muy natural en una señora acostumbrada á no ver cerca de sí más que elegantes caballeros. ¿Debia confiarse ciegamente á un hombre de aquellas formas en unos lugares rodeados de guardas y espías? (1)

Sin embargo, la franca fisonomía de Ganich disipó muy pronto sus dudas. La penetrante mirada del montañés habia adivinado lo que pasaba en el espíritu de la princesa; con un brusco movimiento descubre completamente el pecho, y mostrando á la reina aquella cicatriz que tanto justificaba su adhesion y lealtad:

—«No temais nada, señora, exclama enérgi-

---

(1) La reina Cristina habia ofrecido 50.000 francos al que consiguiera capturar á la princesa de Beira.

camente; el que supo recibir esta herida en vuestro servicio, sabrá también perder la vida por salvaros.»

—Pues bien, dice la reina; sed mi protector y mi guía.

A la mañana siguiente todo estaba dispuesto para el viaje de la princesa. Presentóse esta; el marqués la estaba esperando en compañía de los dos vascos. La princesa llevaba una elegante cajita llena de joyas que puso en manos de Ganich, y este á su vez la confió á su amigo Manuel, diciéndole al oído algunas palabras. Manuel partió acto continuo á explorar el terreno.

La princesa estaba alegre: se acercaba el momento de atravesar la frontera; y despues de haber manifestado su gratitud al marqués de Belzunce, dió la órden de partir. Un instante despues, precedida de su guía, caminaba por un sendero cubierto de zarzas y espinos blancos.

Durante algun tiempo los viajeros pudieron distinguir los elevados torreones del hospitalario castillo; poco á poco la escena varió de aspecto: penetraban en un estrecho barranco, árido, triste, sin vejetacion y sin vida; allí se abrían á la vista de la princesa horizontes oscuros de peligrosos azares. En el extremo opuesto distinguíase con-

fusamente una abandonada choza: en ella, después de dos horas de penosa marcha, se detuvo la reina para tomar alimento.

Como era preciso atravesar el pueblo de Helette, á doscientos pasos de aquel sitio, ocupado por un destacamento de aduaneros, Ganich se separó de la princesa un momento para ir á reconocer las inmediaciones.

Fué providencial, que ni una persona se dejase ver á la sazón en Helette; como el calor era sofocante, las calles estaban desiertas. Ganich voló á participárselo á la princesa. Los viajeros atravesaron sin contratiempo alguno la aldea, penetrando nuevamente en solitarios senderos. Los pastores que encontraban en el tránsito, viendo pasar á aquella hermosa señora en compañía de un aldeano, llenos de admiración la saludaban con encogimiento y timidez.

Entretanto, el camino que seguían los dos viajeros se hacia cada vez más difícil y escabroso, no tardando en ser imposible continuarle á caballo. Fué necesario dejar las cabalgaduras al cuidado de un valiente montañés, que Manuel, siguiendo las órdenes de Ganich, habia situado allí de vigía, y continuar á pie la marcha. De esta manera llegaron nuestros viajeros á la cumbre de una

colina, desde donde descubrió Ganich un piquete de aduaneros que penosamente subian la vertiente opuesta. No lejos del sendero habia una choza de pastores medio arruinada: la princesa y su guía apenas tuvieron el tiempo necesario para refugiarse en ella; pero con terror distinguieron por las aberturas de la pared que era aquel puntualmente el lugar á donde se dirigian los aduaneros. ¿Qué hacer en semejante apuro? ¿Qué determinacion tomar ante peligro tan inminente? Una de las ventanas de la abandonada choza caia sobre un barranco poco profundo. Por una inspiracion repentina Ganich arrastra precipitadamente á su compañera hácia esta abertura, la levanta en sus musculosos brazos, y, lanzándose con su preciosa carga, va á caer del lado opuesto.

¡Un momento despues hubiera ya sido tarde!

Los aduaneros penetraban en la cabaña en aquel momento. Fatigados por una larga caminata y por el calor del dia, se prepararon á disfrutar de las dulzuras del reposo.

Difuso seria referir detalladamente todos los peligros de este azaroso viaje. Despues de numerosos rodeos que Ganich hacia dar á su noble compañera, cuando con el instinto del contraban-

dista creia distinguir el verde uniforme de los aduaneros; despues de las diferentes emociones de un viaje penosísimo á través de campos llenos de espinos y matorrales, cuyas aceradas puntas no siempre respetaban el delicado cuerpo de nuestra bella viajera, llegaron por fin á la blanca casita de Ganich, cuyas humildes puertas se abrieron para dar hospitalidad á una reina.

Allí encontró dos robustas y corpulentas vascongadas que lo tenian todo preparado para recibirla: eran María y Rafaela, mujer una, hermana la otra, de su valeroso guía.

---

---

V.

**Trajes vascos y juegos populares.**

La princesa estaba descansando de las fatigas de su largo y penoso viaje. La idea de que solamente la separaban de España algunos pasos, hacía le sonreír con dulzura: aquella sonrisa era un recuerdo ó un presentimiento de felicidad.

La aldea de Macaye estaba más animada que de ordinario, era día festivo: las campanas anunciaban con alegres repiques la terminación de la misa mayor.

La plaza presentaba un aspecto de los más agradables.

El pintoresco traje de los vascos formaba especial contraste con el uniforme de los soldados acantonados en la aldea.

El jóven vasco, hermoso como todos los cántabros de su raza, ostenta su gallarda presencia:

cubre su cabeza con una boina azul graciosamente inclinada sobre la oreja; ancha y encarnada faja ciñe su talle, esbelto y elegante, dejando colgar perezosamente su chupa á manera de dolman sobre la espalda. Broches de plata cierran los puños de su camisa, blanca como la nieve, sujetando el cuello suavemente un boton del mismo metal. Calzado con sandalias cuyo trenzado descende hasta el tobillo, cruzado graciosamente, agita en su mano un *makila*, que levanta de tiempo en tiempo con la destreza de un tambor mayor.

Más allá hay un anciano: tambien cubre su cabeza con la boina; llévala inclinada sencillamente sobre la frente; larga y flotante cabellera justifica la nobleza y antigüedad de su raza. La camisa blanca y abrochada como la del jóven; chupa descuidadamente echada sobre el hombro, calzon corto, medias de lana cubren sus nerviosas piernas, y sus zapatos de cuero están adornados con hebillas de plata.

En otro lado hay un grupo de mujeres: las jóvenes tienen talle delgado, facciones regulares y espresivas: estas, envueltas en una mantilla negra, adornada de una borla que descansa sobre la frente: aquellas llevan la manteleta do-

blada sobre el brazo, la cabeza cubierta por un pañuelo de vivos colores, debajo del cual asoman dos hermosas trenzas de negros cabellos: un chal pequeño y elegante descansa airosamente sobre sus hombros, cayendo sobre su vestido de una sencilla tela. Las de avanzada edad cubren su cabeza con un pañuelo de muselina blanca, cuyos picos caen sobre la espalda: su vestido es sencillo y severo. Sobre el pecho lucen ordinariamente alguna alhaja de oro que representa un corazón ó al Espíritu Santo: algunas no dejan ver sus facciones ni detalle alguno de su traje. Completamente cubiertas con una gran capa, más que mujeres parecen sombras que discurren bajo los pliegues de su negro albornoz.

Pero una alegre cuadrilla acaba de concertar un partido de pelota: cada jugador ciñe su mano derecha con un enorme guante.

El juego de la pelota es el nacional de los vascos: nada hoy más interesante: admírase á la vez la viveza y flexibilidad, el ardor y la energía, la fiereza y exaltación de los jugadores: tan pronto saltan con la ligereza del ciervo, como acometen con la impetuosidad del toro herido; ya, por último, se retiran, se recogen, lanzándose con la magestad del leon para gozarse en su triunfo.

Un tribunal compuesto de jueces graves, severos como senadores romanos, preside solemnemente estos juegos. Sus fallos son inapelables: ninguno se atrevería á murmurar contra una sentencia suya, aunque entrañara *injusticia notoria*. Es una de las grandes virtudes del pueblo vasco, inclinarse reverentemente ante la autoridad y la ley.

Estos juegos tienen tambien sus ventajas. Desarrollando la agilidad de los miembros, y aumentando el vigor del cuerpo, inspiran una digna emulacion, dando al hombre conciencia de su valer. Los aplausos como los silbidos frenéticos exaltan su corazon. El jugador, presentando su pecho al bote de una pelota arrojada por mano vigorosa, se acostumbra á exponer este mismo pecho á golpes más peligrosos.

¿Qué significa aquel tropel que con sus trajes brillantes y variados se adelanta con aire lleno de dignidad? Son jóvenes que representan una escena pastoril.

Estas escenas forman una de las diversiones favoritas del vascongado. Los asuntos se toman de la Biblia, de la mitología, de los recuerdos de Roldan, de los sarracenos, de Napoleon, etc. Arregladas las piezas por los poetas del país, tienen

un aire peculiar de sencillez primitiva, abundando las imágenes más tiernas, graciosas y originales. Estos usos constantes son un testimonio más del perfecto individualismo de un pueblo que ha sabido guardar como un depósito sagrado, inviolable, á pesar de los tiempos y de los huracanes políticos, sus costumbres, su idioma y tradiciones seculares.

El teatro, improvisado al aire libre, está decorado de vistosa tapicería: la orquesta se compone de la *chirula* (flauta vasca) y del tamboril.

Empieza la función por un largo prólogo, en el cuál uno de los actores traza á grandes rasgos el argumento: despues entran en escena los diferentes personajes. Es digno de notarse el orden y regularidad que se observa en estas representaciones, así como el entusiasmo y exactitud con que cada cuál interpreta su papel.

Y todos los espectadores, que llenan las galerías, tanto en el juego de pelota como en las representaciones, hablan, bromean y gritan y se interpelan en esa lengua *euskara*, tan bella y expresiva. (1)

---

(1) El idioma vasco es el mismo de los antiguos iberos. Por la riqueza de sus voces y armonía, llena de admiración al mundo de la ciencia.

De repente, en medio del tumulto que tantas voces producen, escúchase un ruido sordo semejante al que producirían repetidos golpes sobre un caldero cascado. Es la voz del pregonero de Macaye, que publica un bando con acento desagradable y gangoso. Todos callan: el ruido cesa: los juegos se suspenden. Escuchemos.

«Mes habitans de mon pays:

»Par l'ordonnancement de messiu le maire, le poublic il est érréprévenú que lé fame grand dame de Don Carlos Quinto, il est caché dans quelque coin ici, dans le villaje de Macaye. Il est érésous-entendu que si l'attrappe il est erreusie, grand-érrécompensa il será donnée á son ratripement.» (1)

—¡Toma! dice un soldado: no sabia yo que aquí se hablase francés.

Entretanto un vasco se separa de la multitud, escurriéndose por entre los zarzales para prevenir á Ganich del peligro que amenaza á la reina:

---

(1) Hé aquí la traduccion literal del bando:

«Mis habitantes de mi país.

»Por orden del señó alcalde se repreviene al público que el mujer gran señora de Don Carlos Quinto, está escondido aquí en un rincon, en el pueblo de Macaye. Está erresuelto, bien entendido que si se le atrapa está erresuelto, gran errecompensa se dará á su atrapador.»

es Manuel, el montañés que acompañaba á Gannich á su llegada al castillo de Belzunce.

Fórmanse grupos por todos lados: cada cuál pregunta en voz baja y con el semblante inquieto: «¿Qué sucede en el país?... *Zango harin* (el cartero) habrá traído alguna noticia.» Por todas partes le buscan, porque *Zango harin* es el cronista de la aldea; pero un nuevo personaje se acerca: todas las miradas le interrogan con ansiedad creciente: su aire grave, preocupado, parece revelar que está enterado del gran acontecimiento del día.

—El señor preceptor sabe alguna cosa, dicen, y al punto la multitud le rodea, preguntándole todos á la vez.

Cada palabra que pronuncia es ávidamente recogida por su auditorio. El maestro de escuela es el oráculo de la aldea.



---

---

## VI.

### **La tempestad.**

¡Qué noche, gran Dios, qué noche!!!

El viento silba, el trueno resuena..... ante tan imponente rugido diríase que la creación se conmueve, que sus mónstruos colosales se despedazan con furor.

Siniestros y pálidos relámpagos se suceden con espantosa rapidez: tan pronto aparece el horizonte abrasado, tan pronto queda oscuro y sombrío como los profundos senos de una caverna.

Ya es el trueno que se escucha seco como el raiado de una carabina que estalla: ya es el bramido del huracan que retumba magestuoso: es el concierto solemne de los cielos; es una voz grave, sonora, que parece decirnos:

«¡Más alto que tú, y en las regiones infinitas estoy yo!»

¡Dios poderoso! ¿puede el hombre dudar de vuestra existencia, cuando así se revela vuestra cólera?

¡Pobre gusanillo, arrojado á la tierra como un grano de arena en el espacio! ¿Qué sería de tí si no tuvieras un alma, si Dios no te hubiera engrandecido con un soplo de su divinidad?.....

Llueve extraordinariamente. Las vertientes de las montañas desgajan poderosas rocas para arrastrarlas en su torrente impetuoso. ¡La tierra tiembla!

—«Tengo miedo, tengo miedo,» exclama delirante la princesa.

Una lluvia de piedras y granizos acaba de romper los cristales de la ventana, y los elementos, redoblando sus poderosos esfuerzos, arrancan las puertas, arrojándolas con violencia.

La desventurada reina, ante semejante cuadro, cree verse rodeada de fatídicos espectros.

—«¡Dios mio! ¡Dios mio! exclama... ¡salvadme! Creo ver los soldados que cercan mi asilo; siento sus iracundas miradas; ya escucho sus confusas voces... Gritan «¡muera la reina!» ¡Oh, no, Dios mio! ¡Yo no quiero morir en esta tierra extraña... lejos de mi esposo... sin socorros humanos, sin poder

elegar tranquila á Dios mis preces! ¡Cuánto sufro, Dios mio! ¡Tened compasion de mí!»

Y agitada, delirante, la princesa de Beira cae al suelo desmayada.

Mientras el cielo parecia querer destruir la tierra, un hombre de elevada estatura, saltando por entre los árboles derribados por el rayo y los barrancos abiertos por el huracan, se adelanta intrépido, con paso firme, á la pálida luz del relámpago.

—«¡Gracias, Dios mio! decia aquel hombre. Sin esta tormenta, sin estos improvisados abismos, la reina estaba perdida! ¡Pobre reina; sola en mi casa, con un viejo inútil y un niño en la cama, cuánto deberá sufrir!... ¡Cómo la hubiera animado si hubiese podido estar á su lado! Pero pronto la consolaré. La noche ha sido buena. ¡Bendito seais, Dios mio!»

Y el valeroso Ganich continuaba su camino alegre y contento, viendo que la lluvia y el granizo le azotaban con fuerza, y que se sentia arrastrado por el viento, y al mismo tiempo lastimado por los pedazos de piedras que rodaban desgajados de la montaña. Si no hubiera tenido tanta fé en Dios, ¿hubiera desafiado los elementos? Pero ¿á dónde iba? Muy importante debia ser

su mision, para esponerse así á una muerte casi segura. Y ¿por qué daba gracias á Dios de que hubiese abierto en aquella noche profundos abismos en su camino?

Preparaba los medios de llevar al ejército carlista su deseada reina, y bendecia á Dios porque, gracias á tan espantoso caos, era imposible la vigilancia de los soldados, y esta circunstancia aseguraba el éxito de la empresa.

Hay caracteres tan entusiastas por el bien, que ningun obstáculo es bastante á detenerlos; y cuanto mayor sea el peligro, mayor es tambien la constancia de esos seres privilegiados.

¿Es necesario arrojarse en medio de las olas ó de las llamas para salvar á uno de sus semejantes? Hacedle la menor indicacion; ni un momento le vereis vacilar.

Cuando Manuel entró en la casa de Ganich, hallábase la princesa sola con su protector, un anciano y un niño enfermo. Hacia algunas horas que María habia salido para traer algunos medicamentos, y Rafaela, que no vivia con su hermano, habia tenido necesidad de ir á su casa.

Tan luego como supo Ganich el peligro anunciado por Manuel, pensó en buscar otro asilo más seguro para la princesa; pero teniendo en

---

cuenta que iba á dejarla sin apoyo, sin socorro alguno, determinó esperar el regreso de su mujer. Sin embargo, á medida que avanzaba la noche, grandes y negros celajes se amontonaban en el horizonte; el relámpago brillaba; el trueno resonaba sordamente en lontananza; todo anunciaba una próxima tormenta.

Dos horas pasaron en una ansiedad mortal... María no había vuelto.

No podía perderse un momento para preparar la evasión de la princesa. Ganich dió á Manuel instrucciones para su hermana; despues, no oyendo más que la voz de su abnegacion, se lanzó al campo, no sin antes haber pedido fervorosamente á Dios que protegiese á la reina.

Poco despues se desencadenó la tempestad con tal violencia, que María, sorprendida en su camino, tuvo que buscar abrigo en una casa distante de la de su hermano.



---

---

## VII.

### **Un cuerpo de guardia en Macaye.**

Mientras bramaba la tempestad, y la princesa delirante creía ver en torno suyo espectros amenazadores ó asesinos; mientras Ganich, arrojando toda clase de peligros, se regocijaba hasta de la cólera del cielo, dando gracias á Dios por haber enviado aquella noche terrible, que tan admirablemente apoyaba sus designios, otra escena, bien distinta por cierto, ocurría en una casa de Macaye.

Permítanos el lector que describamos esta casa: así le proporcionaremos un modelo de la arquitectura vasca.

Un techo triangular, cubierto con tejas encarnadas, se inclina en forma de kiosco. Sus pa-

redes de tapia están entrecortadas por irregulares grietas. Las ventanas, pintadas de encarnado, abiertas en forma de cruz: la puerta principal, de semicírculo semejante á la de las iglesias: sobre ella un Crucifijo. En otras ese Crucifijo es sustituido por una imágen de la Virgen Santísima ó por una losa con inscripciones originales (1). Nada inspira tanto respeto como estos frontispicios.

A la entrada de la casa se encuentra una pila de agua bendita: el hogar doméstico es considerado por el vasco como un verdadero santuario: enfrente un gran vestíbulo conocido con el nombre de *escaratzá*: en él se guardan los objetos rústicos pertenecientes al propietario, y en la época de la recolección se amontonan por separado las cosechas de trigo y de maíz.

Reunidos en esta vasta pieza, en torno de un improvisado fogón, y en medio de una atmósfera nauseabunda formada por el humo del tabaco, hallábase un pelotón de soldados, hablando del acontecimiento que traía preocupados á todos. El

---

(1) En Ainhoa se ve encima de la puerta de una casa la copia de la escritura de compra de la misma, grabada en una gran piedra: es una especie de pergamino que el tiempo no puede destruir con sus rigores.

cabo Beaudiseur, excitado por su incansable verbosidad, era la admiración de un círculo de oyentes que absortos le escuchaban.

—¡Qué diablo de tiempo! Hémos aquí condenados á tascar el freno. Al menos esta noche..... imposible prender á la princesa y á ese tuno de Ganich.

—Diga Vd., cabo, preguntó un soldado, ¿qué princesa es esa que ha venido á probar nuestra paciencia en este país de lobos?

—Camaradas, con mucho gusto os referiré el asunto, á condicion de que me habeis de favorecer con el más profundo silencio.

—¡Corriente!

—Cabo, figuraos que todos estamos convertidos ya en estatuas de piedra.

—No puedo garantizar á Vds. la *verdadera verdad* de lo que les voy á referir: no entiendo de política, y los derechos de los pretendientes me importan poco. Sin embargo, la ley *oxálica* me parece justa, porque, sea dicho entre nosotros, si alguien ha de gobernar un reino ha de ser quien tenga bigote y calzones.

—¡Bravísimo, cabo!

—Empero hay algunas veces *recambios* en este sistema: voy á referir á Vds. el asunto, tal co-

mo se lo he oido explicar á mi capitán, que es hombre muy *leido*. Habia un rey en España que se llamaba Fernando VII.—Este rey era casado: los reyes envejecen lo mismo que nosotros, y de la misma manera *tienen que pagar su tributo á la naturaleza*.

—¡Cáspita, cabo! Está Vd. hablando como un abogado de Carcasona, exclamó uno que era del Langüedoc.

—En fin, el caso es que tuvo precision de hacer testamento, y como las mujeres (y vosotros lo sabeis todos) tienen á veces la pretension de ponerse los calzones.....

—¡Ah, cabo! Lo que es la mia, nunca será el ama de mi casa.

—¡Cierra el pico, imbécil! Tu mujer te manejará como palillo de barquillero. ¡O callarse ó fuera de aquí, señor Carcasonés!

Esta intimacion restableció el silencio en las filas.

—Desde entonces, prosiguió el cabo, la reina Cristina quiso *dizfrazar* de hombre á su hija Isabel: esto se llama, segun los libros, *convertir el cetro en rueca*.

—¿Diga Vd., cabo, lo que hilan las reinas es algodón ó lana?

—¡Vamos, vamos, Carcasona! Las reinas de España siempre han hilado oro y seda.

Callaos todos: dejemos desfilar por el flanco izquierdo á las reinas de España, en atención á que esos valientes carlistas avanzan á las mil maravillas; pero ¡abajo la política!

Decíamos que la reina Cristina queria dar á su hija la corona; pero los reyes en todas partes han sido siempre *los destinados á dirigir las riendas del gobierno*, y D. Carlos era *subsecuentemente* el que estaba llamado á empuñar el baston de *mando*, si al rey *Fernando* no se le hubiera ocurrido en su *testamento* disponer *contrariamente*.

—¡Caramba! ¡Qué bien sabe hacer versos el cabo!

Y este, halagado por la lisonja, tose y continúa en los términos siguientes:

—Consideren Vds. si el tal testamento del rey podia dejar satisfecho á D. Carlos. Sus numerosos amigos se reunieron *subrepticamente*, alzando pendon por él, y formaron regimientos, batallones, escuadrones, que es un contento. Sus victorias se sucedieron unas á otras como bendicion de Dios... y D. Carlos, viendo esto, vino en persona entre los suyos, diciéndoles enérgicamente: «Hé-

me aquí: he venido para batirme á vuestro lado.»

—¡Hé ahí un valiente! exclamaron en coro los soldados. No todos los reyes se ponen al frente de sus ejércitos.

Y el auditorio aplaudia con entusiasmo.

—Pero un rey, continuó el cabo, no puede quedarse siempre soltero; por lo cual, *consecuente-mente*, D. Cárlos se casó con la princesa de Beira, á quien nosotros perseguimos, y á quien tenemos orden de prender en casa de Ganich *sagazmente*. El matrimonio creo que se celebró en Lóndres, pero no estoy seguro de ello.

—Dispéñeme Vd., cabo, si le interrumpo; pero ¿cómo ha podido verificarse el casamiento en Lóndres, si D. Cárlos estaba aquí?

—Es que se hizo por *procuracion*...

Y el cabo, despues de haber lanzado esta palabra, pasea una mirada por el auditorio para estudiar el efecto que produce.

Todo el grupo está admirado de los conocimientos científicos del narrador, quedando sumidos en el más profundo silencio. Pasado un momento, el más atrevido de la asamblea toma la palabra:

—Diga Vd., cabo... esplíquenos Vd. ¿qué quiere decir eso de matrimonio por *procuracion*?

El cabo, despues de reflexionar un instante:

—Una suposicion, dice: figúrate que tú estás presente aquí, en Macaye, y tu novia está, como si dijéramos, en Carcasona. Pues bien: tú envias al capitan de carros *aunde* el señor alcalde, para que responda *sí* por tí.

—¡Graciosa manera de entrar en el *cónyugo*! ¡Por vida mia! El dia que yo me case con mi paisana, me presentaré yo mismo al señor alcalde de Carcasona..... de seguro que no le cederé á nadie mi puesto.

—Una vez casado, continuó el cabo, ¿qué cosa tan natural como que una mujer venga á unirse con su marido?

Por esta razon la princesa ha venido á esta frontera, en donde se halla D. Cárlos; y nosotros tenemos órden de prenderla á su paso. Pero como ustedes saben, hay por aquí un diablo de hombre llamado Ganich, que nos la quiere *dar por la cambiada*, el cuál sirve á la princesa de guía, y la tiene oculta en su casa.

Por esta noche hay contra-órden, gracias á este endiablado tiempo que nos impide movernos; pero mañana tan pronto *como la aurora con sus dorados dedos abra las puertas del Oriente...*

—Dispense Vd., cabo, pero yo he estado en

*Loriente* de guarnicion, y no he visto ninguna puerta.

—¡Animal!... Cómo se conoce que no has estudiado la *romántica*... Pues, señores: decia que, *cuando la aurora abra con sus dedos de rosa las puertas del Oriente*, iremos á tomar por asalto la casa de Ganich.

—¡Bonita terminacion para una órden del dia!

—Ahora, hijos mios, ya que se acabó la historia, que cada uno busque su cama, y mañana al toque de diana... paso redoblado... marchen.

---

---

## VIII.

### **Fuga de la princesa de Beira.**

Con frecuencia se observa que á las grandes tempestades sucede la calma, como si la naturaleza quisiera descansar de los esfuerzos que ha hecho, sintiendo como quebrantada la energíá de su poder.

Poco á poco el ruido del trueno se va alejando, perdiéndose en los misteriosos confines del espacio: los relámpagos que alumbran el horizonte arrojan una claridad más brillante, semejante á un espejo que á cierta distancia reverbera la luz que recibe. Las gotas de agua caen lenta, pausadamente, una á una, de los árboles que la tormenta respetara, anunciándonos que la lluvia ha cesado.

Una dulce y placentera brisa acaricia el follaje: la rana vuelve á la superficie de las aguas para saltar en los cañaverales: el ruiseñor, ese tenor encantador de los bosques, olvidando sus temores, entona de nuevo sus variadas melodías.

Disípanse las nubes al soplo ligero que las arroja en el horizonte como una cinta blanca: el cielo aparece trasparente, brillan las estrellas, y esa divina sonrisa que los astros nos envían parece que dice á la tierra que la cólera de Dios ha pasado.

¡Dios omnipotente, cuán bella es esa bóveda, y cómo se descubre vuestra presencia en esas regiones inmensas que la vista no puede alcanzar! ¡Vos sois quien ha cubierto con las sombras de la noche esos faros brillantes que aparecen en el espacio como innumerables destellos de vuestra luz soberana, no solamente para manifestar vuestra inmensidad y grandeza, sino para ofrecer al hombre un testimonio de vuestras bondades infinitas, débil trasunto de los puros goces de vuestra gloria inmortal!

¿Por qué deja el hombre de adoraros? ¿Por qué se separa de la enseñanza de vuestra doctrina, y del cumplimiento de vuestra ley?

La existencia humana pasa veloz como una

sombra: los goces del mundo son efimeros, pasajeros: los placeres, fuegos fátuos que un momento brillan y alumbran, pero que el más leve soplo los arrastra y extingue. ¿Qué nos queda despues de esta vida? Una losa más ó ménos adornada, que es respetada por algun tiempo, y sobre la cuál se arrojan algunas flores que, marchitas, arrastra el viento al dia siguiente.

El tiempo corroe la piedra: bórranse las pomposas inscripciones, y hasta el mármol más duro cae al fin convertido en polvo: ¡el mundo atraviesa por encima de él, sin conocer que allí existe una tumba! Despues ¿qué queda en este mundo?

¡Nada!

Una sola cosa sobrevive al hombre, la memoria de sus beneficios; recuerdo querido que se trasmite de generacion en generacion, siguiendo la rápida carrera del tiempo, de ese tiempo que borra todo lo demás sin piedad á su paso.

De la misma manera que quien, arrullado por el ruido de las tempestades, se despierta al dulce calor de un sol vivificante, la princesa de Beira recobró el conocimiento cuando se habia ya restablecido la calma. Atraída como por un irresistible encanto, se levanta, contempla aquellos reflejos misteriosos: desde su ventana tiende la vista

sobre aquel magnífico espectáculo. ¡ Hermosa noche que sepulta su alma en un éxtasis, por su magestad y grandeza!

Los sucesos de su vida, recuerdos queridos, vienen dulcemente á su memoria: sueña con su palacio de Saltzbourg; con los gratos placeres que la sonrieron en la infancia; ¡ con aquel día, en fin, en que un ilustre mensajero vino á ofrecerle una corona!...

¡ Cuántas brillantes ilusiones se desarrollaban en su imaginacion! Y cuando la Fama llevó hasta ella la noticia de que su esposo volaba de triunfo en triunfo, ¡ con cuánto entusiasmo se apresuró para correr á participar de su gloria! Despues mira en torno suyo; ve los peligros de su situacion, y sus ojos se llenan de lágrimas: la soledad le espanta: profundos suspiros exhala de su pecho, y casi llega á dudar del porvenir. Su noble protector no está á su lado: perseguida por todas partes, rodeada acaso de enemigos que su prision anhelan, ¿ podrá el valeroso Ganich triunfar de tantos obstáculos? ¡ Cuán lentas le parecen aquellas horas!

De repente un ligero ruido llega hasta ella. Escucha. Poco á poco el ruido se acerca. Son sin duda cautelosas pisadas de alguien que, rodeado de precauciones, se dirige por el sendero. Asalta-

da de un vago terror, instintivamente piensa en la fuga: acaso sean sus enemigos que vienen á prenderla. Pero pronto á la pálida claridad de las estrellas cree reconocer á Rafaela, digna hermana del valeroso Ganich, y á Manuel, su anciano criado. Ya no hay duda: son ellos... y su corazón late con violencia de alegría y de esperanza.

—¿Eres tú, Rafaela? exclama en voz baja la princesa.

—Sí, señora, y venimos Manuel y yo á salvaros.

—¿Y Ganich, el valiente Ganich?

—Mi hermano es precisamente quien nos envía: el vado del río está impracticable por esta noche, y es necesario que al momento os vengais á mi casa: desde allí, al amanecer iremos á reunirnos con Ganich en una gruta únicamente de nosotros conocida, donde nos está esperando.

—Pero ¿cómo saldremos de tu casa sin que nos vean?

—Fácil nos será, señora. Mi vecina, la pobre Ramona, murió ayer: por la mañana debe ser enterrada: nosotras nos uniremos á la fúnebre comitiva, que deberá pasar por delante de la cueva donde nos aguarda Ganich. Mi hermano hubiera querido acompañaros, pero, ya lo sabeis, la fron-

tera está llena de aduaneros y soldados, y su libertad es en estos momentos demasiado preciosa para que se esponga á perderla.

—¡Cuánta abnegacion... y cuánto valor para arrostrar los peligros de esta noche! ¿Crees que habrá podido llegar á la cueva sin novedad?

—Tranquilizaos, señora, Dios vela por nosotros... Pero daos prisa: nuestro amigo Manuel me ha dicho que no debemos perder ni un instante: ahora que ha cesado la tormenta no tardarán en llegar los *pantalones encarnados*.

Un momento despues, la reina, acompañada de su escasa comitiva, abandonaba la casa de Ganich, entrando cautelosamente en un sendero que se perdía entre malezas, y cuyo suelo de granito facilitaba su marcha.

Durante algunos instantes aun se escuchaban en el silencio de la noche los pasos de los tres viajeros: poco despues todo quedó en la misma calma.

---

---

## IX.

### **Asalto de la casa de Ganich.**

Cuando la reina y su escasa comitiva caminaban en direccion á la casa de Rafaela, un hombre estaba todavía velando, á pesar de lo avanzado de la hora, en el cuarto más espacioso de una de las mejores casas de Macaye.

De codos sobre una mesa cubierta de papeles, con la cabeza entre las manos, siente chisporrotear una vela de resina, cuya ténue claridad se proyecta en espacio muy reducido, haciendo más oscuros los ámbitos del salon y las negras y toscas vigas del techo.

Las paredes no ostentan adornos ni colgaduras, á escepcion de algunas estampas iluminadas que, colocadas al acaso, representan el Judio er-

rante, al lado de Napoleon; las batallas del imperio, junto al juicio final; el diablo de los escudos de oro, haciendo juego con la resurreccion de Nuestro Señor. Hay algunas sillas de madera; grandes y antiguos armarios: en un rincon, cubierta con un lienzo blanco, una mesita, sobre la cual está colocada una imágen de la Virgen, adornada con un rosario y coronada de siempre-vivas: en el frente una gran cama donde podria dormir una familia entera, y estremadamente alta, tanto que para subir á ella se necesitaria tal vez una escalera; grandes colgaduras, adornadas con fantásticos dibujos, se destacan sobre un fondo rosa, blanquizco por el tiempo; junto á la cabecera una pilita de cristal con agua bendita, rematando en un Crucifijo, sobre el cuál está colocado un ramo seco. Las puertas no tienen cerraduras: la inviolabilidad del hogar vasco está perfectamente garantida por la conciencia pública; esas precauciones son innecesarias.

El hombre que vela todavía, cuando todos descansan en el pueblo, es el capitán Flamineau, comandante del destacamento acantonado en la jurisdiccion de Macaye. El capitau está sombrío, inquieto, preocupado: ha recibido de su general la órden de prender á la princesa de Beira aquella

misma noche; pero el huracan que estallara le obliga á suspender su ejecucion hasta la mañana siguiente. Oficial envejecido en los campamentos, acostumbrado á la obediencia militar y á la más escrupulosa exactitud, creia que pesaba sobre él una responsabilidad enorme.

Hubo un momento en que pensó poner sus soldados sobre las armas; pero el campo se halla inundado, los caminos intransitables: era peligroso aventurarse en aquella lóbreguez con fuerzas tan numerosas. Esta idea vuelve poco á poco la tranquilidad á su espíritu; pero pronto se siente asaltado por otros pensamientos que le hacen temblar: se levanta de su asiento, y paseándose agitado á lo largo de la estancia:

—«La mision que me ha sido confiada es muy grande, exclama: la prision de una reina no es un acontecimiento vulgar, y mi porvenir depende del éxito de la expedicion: si triunfo, logro ser desde luego comandante y caballero de la Legion de Honor. ¡Ah! Estos favores no se merecen sino dando pruebas relevantes de capacidad, buen tacto y prudencia... pero ¿á qué inquietarme? La prision es indudable: la princesa está en casa de Ganich: las confidencias son exactas. El temporal le habrá obligado tambien á permanecer en su escon-

dite... pero Ganich es hábil, conoce los más escondidos atajos de estas montañas. ¿Habrá conseguido ya poner á salvo á la princesa?...»

Y presa otra vez su alma de tan sombríos presentimientos, el capitán acelera su paseo, golpeándose la frente.

Pronto sus ideas toman otro curso:

—«No, dice; ¡es imposible!... Una mujer tímida, delicada, no se ha de haber espuesto á los peligros de esta noche infernal, ¡imposible! Cuando amanezca la sorprenderemos como en una ratonera. ¡Ah, Ganich! ¡Gran mozo!... tú no sabes con quién tienes que habértelas. No te ha de valer tu astucia: tus estratagemas servirán para hacer resaltar mi talento y mi habilidad en la guerra.»

El capitán se sienta de nuevo, y con el corazón lleno de entusiasmo escribe con mano firme la siguiente proclama:

«Soldados:

»El cielo se ha mostrado un momento celoso del éxito de nuestras armas.

»Un terrible huracán nos ha fatalmente condenado á la inacción durante toda una noche; pero ha impedido también á nuestros enemigos ejecutar sus pérfidos designios.

»La princesa de Beira está en casa de Ganich.

Dentro de algunas horas estarán el uno y la otra en nuestro poder.

»¡Soldados: no falteis á vuestros deberes: pensad que desde lo alto de los Pirineos cuarenta siglos nos contemplan!...»

Y orgulloso nuestro buen capitán de su napoleónica parodia, se deleita con fruición infantil, imaginándose tener ya en sus manos á quienes no había prendido aun.

Llama al teniente, que dormía en la pieza inmediata, y le entrega la proclama con orden de fijarla en el acto á la puerta de la parroquia del lugar.

Amanece por fin: suena la diana: la población sobresaltada acude presurosa á la plaza del pueblo.

Todos admiran la orden del día del capitán. —«¡Hé ahí un buen francés!» exclaman por todas partes. El preceptor la hace escribir en sus pizarras para que sirva de modelo á sus discípulos y sepan cómo se habla á los subordinados en los momentos solemnes. Los individuos de tropa están electrizados.

Sin embargo, todos los vascos de sentimientos generosos experimentaban una impresión dolorosa...

—«¿Qué será de Ganich? se decían. ¡Pobre Ganich; nuestro amigo, nuestro compatriota, nuestra generosa providencia! Advertirle el peligro que le amenaza es imposible; el pueblo está rodeado de bayonetas: si lo intentáramos, nos prenderían sin haber conseguido nuestro objeto.»

Pronto la voz del comandante suena con entonación robusta.

—«¡Adelante!..... ¡paso redoblado! ¡marchen!...» dice el capitán Flamineau tomando un aire marcial.

Los tambores y cornetas conmueven aquel pacífico vecindario, que se reúne silencioso para ver partir la tropa. Imprudente parecerá, sin duda, avanzar en semejantes circunstancias metiendo tanto ruido. Pero el comandante estaba seguro del éxito: la evasión de la reina le parecía imposible: la llanura estaba inundada; el Nive en aquellos momentos era un lago invadable.

Apenas la fuerza armada había dejado atrás las últimas casas del pueblo, cuando ya empezó á encontrar mil obstáculos en su camino... ¡camino! no le había, desapareció por completo: en su lugar solo quedaban profundos barrancos llenos de agua cenagosa.

Los soldados, en medio de aquellos mares, no sabían qué dirección tomar: unos, encontrando un hoyo, se metían en agua y fango hasta las rodillas; otros, queriendo saltar por entre los troncos de los árboles, tropezaban y caían. Gritos, juramentos, imprecaciones variadas hasta lo infinito, resonaban por todas partes.

Sin embargo, el capitán Flamineau no pierde su presencia de ánimo.

—«Vamos, hijos míos, esto no es nada, exclama con voz de trueno. ¡Adelante!» Y despreciando dificultades y salvando peligros, los soldados se abren paso á través de los pantanos, venciendo los obstáculos que obstruían el camino.

A lo lejos aparece la blanca y modesta casa de Ganich, *aquella temible fortaleza* que era preciso tomar por asalto.

Llegan por fin: quedan algunos apostados para vigilar las salidas del edificio; los demás se forman en batalla.

Todas las miradas se fijan en las puertas, en cada una de las ventanas, en cada tragaluz: la ansiedad es general; el momento solemne.

El capitán Flamineau dá dos pasos al frente y exclama:

—«En nombre de la ley, y por orden de S. M. el rey de los franceses, princesa de Beira, daos presa, entregaos: toda resistencia seria inútil.»

Una descarga acompaña esta intimacion, y los ecos de las montañas repiten un estruendo completamente desconocido en aquellos apacibles lugares.

La casa permanece cerrada.

Furioso el capitán al ver que su intimacion ha sido desatendida, manda derribar las puertas: poco despues entra magestuosamente en la plaza, seguido de sus valientes. En el piso bajo... ¡nadie! Suben las escaleras..... ¡nadie! Tres puertas son derribadas sucesivamente..... ¡Tampoco, nadie!

Se deshacen las camas, dóblanse los colchones, los armarios se reducen á montones de astillas, y las molduras, y hasta el cañon de la chimenea sufren un escrupuloso registro. Pero... ¡nada, nada absolutamente aparece!

Mas ¡oh fortuna! los que por asalto tomaron las modestas habitaciones del contrabandista, hallaron de par en par abiertas las puertas de un salon, y en su recinto descubrieron una mesa cubierta con un mantel hasta el suelo, y sobre

ella los restos de una espléndida comida. El servicio completo de plata atrae las miradas de todos.

El capitán Flamineau se lanza á aquel aposento, y con rapidez levanta una punta del mantel... ¡Nada!

El aparador y alacena son hechos pedazos... ¡Nada; nada tampoco!

Sin embargo, el fuego que aun arde indica que la casa ha sido recientemente abandonada. El capitán empieza á perder la cabeza: su empleo y su cruz de honor le parecen formalmente comprometidos: de repente aspira un aroma desconocido entre las gentes del campo.

—Amigos míos, exclama, es ether. ¡Indudable! ¡Aquí está la princesa!

Queda por abrir la última puerta de la casa: de allí, sin duda, es de donde salen las emanaciones del líquido volátil. Adelanta, seguido siempre de un soldado, y dulcificando la voz lo mejor que puede:

—Princesa, dice, el ether que llevais os hizo traición: no más resistencia: abrid.

El más profundo silencio responde á esta nueva intimación.

El capitán acerca su oído á las hendiduras de

la puerta, y ¿cuál sería su alegría al escuchar sollozos y suspiros ahogados?... Ya no cabe duda, la princesa estaba allí. Llama suavemente, y con un acento más dulce aun que la vez anterior:

—«Señora, repite, abrid por fin; os lo suplico. Somos vuestros enemigos, es verdad, pero generosos en la victoria. Rendíos, nada temais: ante todo, somos franceses.»

El capitán se fatiga inútilmente en prodigar su galantería. Los suspiros y sollozos aumentan. Entonces, ya perdida la paciencia, arrebatada el jefe el fusil á un soldado, y de un culatazo derriba la puerta.

¡Dios mio, qué espectáculo se ofrece á su vista! Un niño, pálido, demacrado, enfermo, rendido á la fuerza de su dolor, está acostado en una cuna, é inclinado hácia él un anciano de cabellos blancos prodigándole consuelos.

Sobre una silla, un sombrero de señora, con un velo verde: en el suelo, una maleta elegante y los pedazos de un frasco de cristal quebrado.

Interrogado el anciano, vacila antes de responder; pero obligándole bruscamente á que hable, se levanta, y recobrando la energía de su juventud:

---

—Es inútil, señores, dice, que busqueis aquí á la princesa. Partió anoche, y es probable que á estas horas haya atravesado ya la frontera.

Cae el telon: no es posible representar esta escena.



---

---

## X.

### **Un entierro.**

Fúnebres tañidos repiten á lo lejos los ecos tristes de la campana. Herido el bronce, se agita y conmueve el aire, y en misteriosas vibraciones lleva al corazon humano sentimientos profundos de acerbo dolor y de amargura indecible.

¡Ah, Dios mio! ¡Tambien yo debo morir!

Esos ecos se apoderan del espíritu, de la misma irresistible manera que el rugido magestuoso del huracan, y al llegar al oido y penetrar en el corazon del hombre, le dicen:

«¡Oyes? ¡Esa es la voz de Dios! Sí: esos fúnebres acentos arrastrados por el aire vienen á decirte en su nombre: Yo soy quien te habla; yo, tu soberano juez. ¡Por un momento te he dejado

entregado á tí mismo para probarte: hoy te llamo, porque siempre me has pertenecido!»

Muchas veces ese siniestro tañido anuncia que una madre ha sido arrebatada á las caricias de su hijo, ó que un hijo ha sido arrancado del regazo maternal. ¡Triste separacion á la que no sabe acostumbrarse la familia humana! ¿Quién puede sin dolor ni amargura dar un adios eterno al objeto de su amor?

Se recobra una fortuna perdida, un bienestar pasado; pero aquello que la muerte inexorable ha herido ¡ay! desaparece para siempre. Cuando el hombre se detiene en este órden de melancólicas ideas, la duda envuelve su alma entre sombras: se abandonaria á la desesperacion si el gran pensamiento de Dios no viniera al punto á esclarecer y fijar horizontes de inefable consuelo. ¿Seria el destino del hombre semejante al del bruto, para ser confundido con él en una fosa comun?

El que vence á la pantera, doma al leon y se hace obedecer de todos los séres del mundo sensible, ¿habrá de ser por la muerte nivelado con ellos? No, porque despues de la muerte una llama invisible separa todavía la distancia que existe entre el hombre y el bruto: esta llama es el alma que empieza una nueva vida en las regiones de la in-

mortalidad; y en las grandes aflicciones, este pensamiento es un bálsamo purísimo que cicatriza las heridas del corazón: la madre dice al hijo, en los momentos de serle arrebatado por la muerte: «¡Hasta la eternidad! ¡Ah! ¡Sí, sí, nos veremos todavía! ¡Nos veremos en la eternidad!» ¿Qué otra cosa significan esas flores, esas oraciones, esas plegarias sobre la tumba? El culto que ofrecemos por los difuntos, ¿no demuestra la fé que tenemos en la inmortalidad de nuestros destinos? Esa fé conserva vivos los recuerdos y llena de esperanza el corazón atribulado.

Una modesta habitación estaba cubierta de negro; y en medio, entre dos cirios encendidos, yacía un ataúd velado por un paño mortuorio, que encerraba los yertos despojos de una madre joven aun.

Los parientes y amigos de la difunta se dirigían allí para ofrecerle los últimos tributos. Los hombres llevaban una gran capa semejante á la que usan los peregrinos, hábito que cuidadosamente se conserva en las familias vasconas, y se trasmite de padres á hijos. Las mujeres iban envueltas en los grandes mantos negros que hemos descrito ya, y que sirven á las vascongadas para todas las ceremonias religiosas.

En el momento mismo en que el grupo se detenía delante de la casa mortuoria, llegaban otros dos capuchones tan herméticamente abrochados que era imposible distinguir las facciones de las personas que los llevaban.

Pronto se escucha un canto fúnebre, anunciando un ruido sordo la conducción del cadáver. ¡Los lamentos, sollozos y lágrimas estallan; y el ataúd, al salir del cuarto mortuorio, arranca á la desconsolada familia su ilusión postrera!

En medio de un sepulcral silencio la fúnebre comitiva se pone en marcha. Y el silencio es por intervalos interrumpido por el conmovedor acento de esos salmos patéticos que, inspirados por el cielo, acompañan con monotonía sublime á los muertos hasta su última morada en el mundo.

El camino que seguía el fúnebre cortejo, merced á un suelo de granito, había sido respetado por la tormenta de la noche anterior, y solamente se encontraban de trecho en trecho algunos baches que no era difícil evitar.

Los dos capuchones que habían llegado á última hora marchaban el uno al lado del otro cambiando de vez en cuando algunas palabras.

—¡Qué valor! decía uno. En medio de la tor-

menta ha preparado mi fuga. ¡Qué corazón tan esforzado! ¡Dios se lo pague!

—Pero señora, ¿quién no se interesaría por vos? respondía el otro.

—¡Pensar en haberme disfrazado para burlar la vigilancia de mis enemigos! ¡Qué feliz inspiración!... continuó la princesa (era ella la que hablaba). Dime, ¿está lejos la cueva? ¿conoces bien el camino?

—Tranquilizaos, señora; respondía la voz de Rafaela. No os hubiera él encomendado á mi custodia, si no fuera yo capaz de conducirlos seguramente al punto convenido.

En aquel instante la descarga que los soldados de Flamineau hicieron sobre la casa de Gannich resonó con magestad terrible en la montaña.

—¡Dios mio! ¿Qué ruido es ese? ¡Diríase que era una descarga de fusilería!

—Son los soldados que penetran en la casa de mi hermano. Allí encontrarán al viejo y al niño que hemos dejado y los respetarán, sin duda, gracias á su debilidad.

—¿Oyes esos gritos y clamores? Los soldados van á perseguirnos... ¿Nos perdonarán el habernos escapado?

—Están muy lejos, señora, y lo que menos se les podrá ocurrir es que esteis vos aquí.

—Pero calcularán que no estoy lejos cuando vean el desorden reciente de mi cuarto.

—Sin duda; pero tratarán de buscaros en las casas inmediatas, y no practicarán ulteriores diligencias para averiguar vuestro actual paradero.

Despues de haber rodeado la vertiente, la comitiva penetró en la estrecha garganta donde el rio se despeña con estrépito extraordinario. Este ruido era mayor cada vez, segun era mayor la cantidad de agua que se iba precipitando.

—Crecido me parece el Nive, dijo la reina. ¿Cómo podremos vadearle?

—Tranquilizaos, señora. Ganich se burla de los peligros: no dejará de ocurrírsele algun medio para conducirnos sana y salva á la orilla opuesta.

—A mi pesar siento que me asaltan dolorosos presentimientos, continuó la princesa. ¡Ese ataud, esta fúnebre ceremonia, ese llanto y triste luto que nos rodea, me estremecen, Rafaela!... ¡Dios mio, sostened mi valor!

—Calmaos, señora. ¿En esta noche no hemos arrostrado y vencido dificultades mayores? En-

tonces estabais animosa; y ahora que casi tocamos el puerto de salvacion, pudiendo ya considerar conjurados todos los peligros, ¿os dejareis dominar por el miedo? ¡Alzad los ojos al cielo, señora, y tened confianza en Dios!

La distancia que separaba á nuestras dos interlocutoras del resto del fúnebre cortejo permitíales hablar con toda seguridad. En estas lúgubres ceremonias es frecuente, y lo es aun más en las aldeas, separarse unas veces del grupo principal del duelo, y otras acercarse á él; y cuando la distancia que hay que recorrer es larga, se suele ir hablando por lo bajo con los que van en la inmediacion: solamente los afligidos parientes de la desconsolada familia, y sus verdaderos amigos, marchan cabizbajos y silenciosos. ¡Tan cierto es que el dolor es siempre mudo!

Acercábanse al rio: iban desapareciendo los árboles, los matorrales, las casitas de campo, que hasta entonces le habian ocultado. El ruido que producian aquellas enormes masas de agua, precipitándose unas sobre otras, se hacia cada vez más imponente. Multitud de aves acuáticas, blancas como cisnes, y moradoras constantes de las grandes lagunas ó de los desbordados rios, se cernian en el aire, y precipitándose en el agua,

se las veía desaparecer, sobrenadar, volver á sumergirse, reaparecer en la superficie, y levantando su rápido vuelo ir á posarse en la opuesta orilla.

Fatigado el acompañamiento, se detiene para descansar. El ataúd es colocado en el suelo: los parientes le rodean prorumpiendo en amargos sollozos. Poco á poco la dispersa multitud se reúne; las capas y mantos negros se agrupan: hubiérase dicho que era un fúnebre catafalco erigido en el valle y destrozado por la tormenta de la noche.

—¿En dónde estamos? preguntó la princesa al oído de Rafaela.

—Silencio, señora. Ya no estamos solas: la menor indiscreción podría perdernos. Todo está preparado... ¿le veis allí abajo?

Al mismo tiempo un espeso matorral se entreabrió, y una mirada clara, brillante como un destello de luz en una noche tempestuosa, se fijó tranquilamente en la princesa: aquella mirada hizo renacer de nuevo la esperanza en el corazón de la reina.

---

---

## XI.

### **Conversacion en la cueva.**

Bajo el azul de un cielo puro, tranquilo, transparente, el sol empezaba á derramar con profusion rayos de oro; las gotas de agua brillan en el follaje, como los diamantes de una diadema; cantan alegres los pajarillos; la espinosa zarza balancea sus tiernos tallos acariciados por una brisa juguetona. Los torrentes murmuran desbordándose en la planicie. El rio hierve en su espuma cenagosa; sus ondas, turbias como la lana que ha perdido su blancura, se deslizan á manera de ovejas que huyen en confusion y desorden al aterrador aullido del lobo.

Y el fúnebre convoy allí, quieto, inmóvil, esperando la señal del sacerdote para volver á po-

nerse en movimiento. ¡Cuántas sombras!... ¡Qué dulce claro-oscuro en ese cuadro lleno de luz, de movimiento, de vida!

Pero hé aquí que uno de aquellos mantos negros se separa de la comitiva sin que los demás lo notaran y vuela veloz como una saeta al sitio en que al través de los matorrales habia visto brillar aquella mirada de inesplicable consuelo.

—Soy yo, dijo en voz baja la princesa.

—Venid pronto, señora, responde otra voz muy conocida. Voy á conducirlos á sitio seguro; el lugar donde debeis esconderos está dispuesto.

Y Ganich, tomando la mano de la princesa, la introduce rápidamente en una gruta cuya entrada se halla cubierta de enredaderas y arbustos de espeso y magnífico follaje; el piso está cubierto de arena fina; en el fondo hay un banco rústico, improvisado recientemente, sobre el cual se hallan dispuestos algunos manjares.

—Señora, dijo Ganich; aquí estais perfectamente segura; solo Rafaela y yo tenemos noticia de este asilo. Pronto decrecerá la corriente; conozco todo esto como si lo hubiera medido á palmos. Ved esas aguas; ya vuelven á su transparencia habitual; las aves marinas han desaparecido; en su lugar la golondrina hiende los aires. ¡Bue-

na señal! El cielo está brillante y España allí..... delante de nosotros, añadió Ganich mostrando á la reina las cumbres de los montes.

—¡Dios recompense vuestro celo, hombre generoso que tantos peligros habeis arrostrado por salvarme! En vuestro corazon hay nobleza; sois digno por vuestras cualidades de gobernar un reino, y si el cielo os hubiera colocado en un trono, ¡cuántas y cuán grandes cosas hubierais realizado!

—¿Yo..... rey?..... ¡Qué idea tan singular, señora!

—Bien: ya que eso os ha escitado la risa, quiero suponeros rey por un momento. ¿Qué hariais en ese caso? Vamos á ver; pero habladme con entera franqueza. Aun tenemos que pasar juntos algunas horas; hablemos: esto me hará olvidar el tiempo y los peligros que me rodean.

—Princesa: ¿qué me preguntais? Soy un pobre aldeano, carezco de instruccion..... ¿Qué podria deciros, señora? Pero me parece que si yo fuera rey, procuraria que todos fuesen dichosos; ¡compadezco tanto á los que sufren! Señora, vos no conoceis los verdaderos sufrimientos, los grandes infortunios, la miseria verdadera. Aquí un padre, único apoyo de una familia numerosa, gi-

me sobre un poco de paja rodeado de sus menores hijos..... hambrientos todos: allí una madre, sin otra cosa que desgarrados harapos para cubrir sus pobres hijos helados de frio..... ¡Ah señora! si yo fuera rey buscaria por mí mismo la miseria para mejor aliviarla. Iria á las cabañas de los pobres para darles el vestido y el pan que les falta. Y al hacerles el bien, prescindiria de sus creencias religiosas y de sus opiniones políticas: ¡les socorreria solamente porque son desgraciados!

—Esos sentimientos os honran; pero decidme: ¿qué medios empleariais para combatir la miseria?

—Tendria un fondo de reserva para socorrer á los desgraciados que estuviesen imposibilitados para atender por sí mismos á su subsistencia. A los fuertes y vigorosos, sin distincion de ningun género, les proporcionaria trabajo. No seria yo ciertamente quien dijese «este ha sufrido una condena y le excluyo de la cuadrilla:» al contrario, esta circunstancia seria una razon más para admitirle: el trabajo acaba siempre por moralizar al hombre.

—Pero los hospicios, dijo la reina, son un gran recurso para los desgraciados.

—Es verdad, señora; mas tened presente que en esos asilos son acogidos solamente los del pue-

blo; de modo que los pobres de los campos no encuentran en ellos otros socorros que los de la cirugía, cuando tienen de ella necesidad.

—¿No podrían Vds. en los campos seguir el ejemplo de las ciudades?

—¡Ay! ¿Dónde están los recursos? Las ciudades absorben nuestra riqueza; entre nosotros no hay millonarios.

—Pero ¿no reciben en los hospicios de las ciudades á los pobres del campo?

—Los admiten, sí, señora; pero mediante el pago de cantidades que los infelices no pueden satisfacer. ¡Ah! Si en esos hospicios no hubiera un lujo supérfluo, no tendrían necesidad de imponer semejante contribucion á los pobres, para socorrerlos.

Comprendo el lujo en los monumentos que se levantan á la gloria ó al arte: así se dá de comer á un gran número de familias, y se legan obras de mérito á la posteridad; pero en asilos consagrados á la beneficencia..... dispensadme, señora; pero quisiera que fuesen mas sencillos.

¿Sabeis para qué sirven en las ciudades esos palacios que se llaman hospitales? ¡Con frecuencia para estimular el desorden y los vicios! Al verlos, más de uno suele exclamar: «Vivamos ale-

grememente.» «¿Para qué pensar en el día de mañana?» «Cuando seamos viejos ó achacosos, iremos ahí, donde pasaremos el último tercio de la vida dichosos como príncipes.»

—Me estais interesando sobremanera, y con gran placer escucho esos consejos, que nunca olvidaré, y de los que algún día sacaré partido. Pero decidme, ¿qué más hariais si fueseis rey?

—Concederia una especial proteccion á las Hermanas de la Caridad, que pasan su vida en socorrer la pobreza y aliviar los sufrimientos.

—¡Oh, cuánto admiro á estas virtuosas y nobles mujeres! repuso la princesa: perded cuidado, no las olvidaré.

¡Cuán acertado estuvo Ganich recomendando á la princesa ese ángel de consuelo que se llama Hermana de la Caridad!

La Hermana de la Caridad es el lazo que une á la criatura con Dios.

Es la voz dulce y cariñosa que se escucha junto á una cuna abandonada, próxima á convertirse en desconocida tumba; es voz no humana sino angélica la que con acento conmovido exclama: ¡Pobre niño! Dios te queria para sí; pero mi pensamiento te seguirá hasta la region santa de gloria inmortal. Mirad ese valeroso soldado que

se burla de la muerte haciéndose superior á los mayores peligros. Cúbrese el cielo y la tierra de una espesa nube, truena el cañon estremeciendo el suelo, los ecos repiten amenazas de muerte, y los aires esparcen su siniestra claridad: «Valor, hijos míos, dice; combatís bajo la mirada de Dios: el campo de batalla es el campo del martirio donde encontrareis el camino del cielo. Yo también sabré morir como vosotros, pero si Dios me conserva la vida, á vuestro lado me vereis despues del combate, para curar de rodillas con mis manos vuestras dolorosas heridas.»

Todo es lúgubre; los muertos siembran la tierra; desgarradores gritos hienden los aires. «¿A dónde estais, continúa, pobres desgraciados, vosotros los que sufrís? Aquí teneis un bálsamo que calmará vuestros dolores; pero si mis esfuerzos son impotentes, venid, oremos juntos. Mártires del valor, mirad hácia arriba, y ved ese hermoso cielo que se abre para recibiros.»—Y la Hermana de la Caridad, inclinada sobre un cuerpo inerte despedazado por las balas, con su puro acento y angelical mirada vierte en el alma del moribundo un dulce rayo de esperanza.

Y, sin embargo, la Hermana de la Caridad es con frecuencia la criatura mimada de unos pa-

dres que la adoran; pero rompe esos lazos afectuosos para desterrarse á los más apartados lugares; allí la llama su mision divina. Los salvajes la admiran. El mundo entero es su familia y su patria.

Llora una madre, único resto de una familia, junto al lecho en que yace el único cariño de su ardiente corazon. Un niño, víctima de horribles padecimientos, llama á grandes gritos á una madre que no existe. Un jóven extraviado por el ardor de sus pasiones espía de un modo cruel sus faltas entregándose á la desesperacion más horrible. Una niña, pobre, conducida á la degradacion suprema del vicio, llegando á ser hasta para sí misma un objeto de horror, vé que todos huyen de su presencia, que todos la abandonan. Un anciano gime solo y aislado sobre la tierra; su corazon desgarrado por los recuerdos que han sobrevivido á sus afectos le hace la existencia dolorosa..... hasta insoportable quizá. El ateo, próximo á abandonar este mundo, torturado por horrorosos sufrimientos, ve acercarse su hora postrera; la duda despedaza su corazon... sus lábios exhalan el fuego satánico de la blasfemia; pero de repente aparece una celeste vision. La afligida madre, el niño abandonado, el jóven

presa de desesperacion cruel, la jóven expulsada de la sociedad, el viejo solitario, ven estenderse un nuevo horizonte ante sus ojos. El llanto cesa, la esperanza reemplaza á la tristeza y desesperacion, y hasta el impío se ruboriza de sus blasfemias. La Hermana de la Caridad es el ángel que ha descendido del cielo para conseguir semejante prodigio.

Levántanse monumentos á los grandes capitanes, estátuas á los sábios; pero para vosotras, ¡oh reinas de la caridad! existen otros más puros laureles, coronas que no se marchitan jamás.

. . . . .  
Durante algunos momentos la princesa permaneció pensativa; á su pesar dirigia la vista sobre la frontera española; allí estaban todas las aspiraciones de su alma. Y el rio mujía y sus olas chocaban enfurecidas de una manera espantosa. Vadearlo era imposible todavía. No habia más remedio que resignarse á esperar. Despues de un momento de silencio, volviéndose á su compañero:

—Vuestra conversacion, dijo, es de las más interesantes. ¿Dónde habeis podido adquirir esa rectitud de ideas que acabais de demostrarme?

—¡Ah, señora! aunque carezco de instruccion,

como os he manifestado ya, he viajado mucho y tenido ocasion de hacer numerosas observaciones; la desgracia y los sufrimientos me han enseñado tambien, y como vivo en los campos, conozco sus necesidades.

—Pues bien: ¿qué hariais en beneficio de los campesinos si fuerais rey?

—Protegeria por todos los medios posibles la agricultura. Tendria una caja pública exclusivamente destinada para ayudar á los labradores en sus apuros con relacion á sus necesidades y garantías. Los tenderos de las aldeas hacen uso de su crédito para sus negocios. ¿Por qué los labradores no han de disfrutar de igual beneficio? El dinero abunda generalmente para el comerciante y para el industrial; ¿no podria hacerse lo mismo en favor del labrador necesitado, sin acudir al odioso extremo de obligar sus bienes? Nuestros aldeanos no pueden procurarse fondos sino por medio de onerosos contratos, que empiezan por originar grandes gastos, concluyendo por la ruina del que lo toma.

—Razonais bien, Ganich; pero me parece imposible la realizacion de vuestras ideas.

—Yo creo, señora, que para un rey nada es difícil.

—No siempre; pero decidme, ¿qué más hariais?

—¿Qué puedo añadir, señora? Mis conocimientos son limitados; sin embargo, si yo fuera rey, tendria un especial cuidado en desconfiar de los cortesanos, personajes adúladores, interesados, que con frecuencia disfrazan la verdad cuando les conviene, siendo generalmente causa de la caída de los imperios.

El cortesano oculta siempre á su soberano los errores en que cae por temor de irritarle é incurrir en desgracia.

Por lo que á mí toca, desprecio á los adúladores, tanto como estimo á los que me manifiestan mis faltas para corregirlas.

—Al escucharos diriase que habiais frecuentado la córte. Decidme, si fuerais rey, ¿es verdad que gozariais al colocaros á la cabeza de agueridos ejércitos y dar grandes batallas y conquistar los hermosos laureles de la victoria?

—No me agrada la guerra, señora; y si fuera rey, la evitaria siempre que mi decoro lo permitiera. La guerra merma los pueblos, arranca á la agricultura sus más robustos brazos y lleva la desolacion, el luto y la miseria al seno de las familias.

—Sin embargo, la guerra proporciona frecuentemente grados y honores. Por ella se llega á general, ministro...

—Eso es bueno, señora, para los hombres de carrera; pero nosotros, pobres aldeanos, al fin de la jornada siempre vendremos á quedar en lo que somos, en ser..... unos pobretes como antes.

—La guerra es algunas veces necesaria.

—Comprendo, señora, que en algunas ocasiones los pueblos tengan que batirse con sus vecinos; pero desearia que antes de que tal cosa sucediera, se empleasen todos los medios posibles de conciliacion, posponiendo las cuestiones de amor propio á los intereses generales.

—¿Luego sois partidario de la paz?

—Sí, señora: la paz proporciona grandes, inapreciables beneficios. A favor de la paz alimentaria las artes, protegeria la agricultura, estenderia el comercio, poniendo por medio de estos lazos en estrecha union con mi país á las más apartadas regiones. De esta manera floreceria todo, y aprovechando esta prosperidad, reduciria los impuestos; lo que me seria fácil en atencion á que tendria menos soldados que pagar, menos pólvora que quemar, menor número de personajes que

retribuir, y no tantas desgraciadas viudas é inválidos que socorrer.

—Ciertamente, por medio de la paz pueden hacerse importantes reformas: la educacion, por ejemplo; ¿no podria tambien estenderse más?

—Seguramente; pero yo quisiera que antes de ser el hombre instruido fuese religioso: cuando se sabe amar á Dios y respetarle, aprendemos tambien á amar á nuestros padres, á olvidar las injurias, á practicar la caridad, á huir de los malos lugares, de las tabernas, por ejemplo, donde la juventud del pueblo contrae tantas y tan funestas costumbres.

Además, quisiera que la instruccion en nuestros campos fuese dirigida con arreglo al ejercicio ó profesion que cada cuál abrazara. Debe procurarse que todo el mundo sepa leer y escribir, es indudable; pero cuidaria que se escogieran maestros capaces para dar nociones de agricultura y floricultura con preferencia á los que solamente proporcionaran ciertos conocimientos científicos inútiles para nuestros aldeanos. El profesor debe enseñar á su discípulo cómo se cultiva la tierra y cuáles son los productos que mejor se adaptan á determinados lugares.

Esto no quiere decir que se deba abandonar

la instrucción científica: no, señora; antes al contrario, creo que debemos cultivar cuidadosamente las naturales dotes que á veces Dios reparte entre algunas privilegiadas criaturas. Sin ir más lejos, entre nosotros tenemos ignorantes zagales que hacen bellísimos versos: otros que, careciendo completamente de instrucción, predicán tan bien como el señor cura: he visto pastores calculando mentalmente con tanto acierto como el mejor matemático. Con frecuencia he encontrado hombres que, ayudados únicamente de la experiencia, han sabido curar las fracturas con el acierto de un cirujano: otros que, ignorando hasta el nombre de ciertas plantas, utilizan sus virtudes: hay quienes, sin otro maestro que la naturaleza, hacen preciosos paisajes y excelentes retratos; y, por último, ¡cuántos hay que, sin conocimientos mecánicos, componen los relojes del país con la inteligencia de un consumado relojero!

Pues bien: á esos hombres les daría hábiles profesores, que por medio de sus conocimientos favorecieran el desarrollo de sus naturales talentos.

—Indudablemente teneis razon; es doloroso dejar en el abandono en que vejetan esos fenó-

menos intelectuales que Dios ha favorecido de una manera especial. ¿Sabeis que Dios ha prodigado en vuestro país sus más gratos dones? Durante mi travesía he visto sitios verdaderamente maravillosos.

—En efecto, señora, habitamos el país más bello del mundo: creo que si Dios se dignara descender á la tierra, le elegiría para su residencia.

El entusiasmo de Ganich por su país no debe sorprender á aquellos que hayan visitado nuestra rica y feraz campiña.

¿Quién no ha admirado esas laderas cubiertas de verdura, á cuyos pies se estienden alegres y vistosos prados, salpicados de flores? ¿Quién no ha recorrido con embriaguez esos frescos valles, regados por el Nive, que graciosamente domina la estacion termal de Cambo, retiro encantador, en cuyo seno olvidamos los cuidados y fatigas de las ciudades?

Nuestras costas rivalizan en belleza con esta parte de los Pirineos: las de Biarritz y San Juan de Luz son, particularmente, encantadoras.

Así es que Biarritz ha llegado á ser el punto de reunion de una sociedad tan numerosa como brillante, la mansion predilecta de nues-

tros grandes financieros, poetas é ilustres literatos.

San Juan de Luz, más modesto, atrae al viajero que, huyendo del lujo y ostentacion del mundo, busca aislamiento y reposo, siendo también la residencia favorita de aquellos que no pueden soportar, por su posición, los grandes gastos de Biarritz.

Pero si viérais en invierno, en un día de tempestad, esas playas tan graciosas, tan bellas... ¡es un espectáculo verdaderamente espantoso!

La bahía de San Juan de Luz es, sobre todo, teatro de las más conmovedoras escenas. Afortunadamente, gracias á la iniciativa del actual soberano (1), pronto tendremos un dique, que saliendo de Socoa, abraza un muelle establecido sobre las rocas de Arta, viniendo á presentar una fuerte barrera á las olas del Océano, y ofreciendo seguro asilo á los buques en peligro.

Los más bellos monumentos que pueden legarse á la posteridad, no son solamente los consagrados á los vanos placeres de este mundo, no; son aquellos que se levantan para proteger y sal-

---

(1) Cuando Mr. Dasconaguerre escribió este precioso libro, Napoleon III era emperador de los franceses. *(Nota del traductor).*

var la vida de los hombres. La gratitud de los pueblos queda grabada sobre esas piedras con caracteres imperecederos.

Para poder apreciar cuán merecida es esa gratitud, era preciso haber visto, como yo, el Océano enfurecido en ese golfo de Gascuña, y especialmente en esta bahía de San Juan de Luz.

¡Dios mio, qué horroroso espectáculo!

La tierra, el cielo y el mar formando un caos, sobre el que revientan las olas espumosas entre lívidos reflejos!

El Socoa, Santa Bárbara y la roca Arta, se convierten en montes de agua, sobre los cuales se levantan pirámides de espuma. Diríase que eran numerosos sudarios destinados á cubrir la dolorosa hecatombe que preparan los mares.

La poblacion, sumergida en el mayor desconsuelo: por todas partes gritos y suspiros desgarradores: las mujeres suelto el cabello, los niños desconsolados, corriendo todos como locos por la playa.

Algunos hombres, conservando su sangre fria, hacen esfuerzos por traer á la orilla á los desgraciados que luchan con una muerte inevitable.

Pero el Océano, semejante á las furias del infierno, burlase de esfuerzos tan generosos.

Las oleadas redoblan su furor: el mar, sordo á los suspiros, á las oraciones y á los gritos, angustia y lleva la desesperacion á todos.

Poco despues, algunos despojos humanos aparecen sobre la playa...

¡Pobre madre!

¡Pobres hijos!

De repente se escucha ruido de pasos; la zarza se agita. Al mismo tiempo tres golpes, dados discretamente, suenan en la entrada de la cueva.

—¡Dios mio, Dios mio!... ¡estamos descubiertos! exclama la reina.

—Tranquilizaos, princesa, responde su compañero: es la señal convenida entre mi hermana y yo.

Pronto una voz dulce y cariñosa acabó de restituir la calma á la princesa.

—Soy yo, dice, y Rafaela se introduce en la cueva.

—Sed bien venida, Rafaela; ¡cuánto placer me causa volver á veros!

—Me he escurrido como un huron: nadie me ha visto venir de ese lado... pero os habreis aburrido mucho en esta gruta: ¿no es verdad, señora?

—Vuestro hermano me ha referido cosas tan

interesantes, que el tiempo me ha parecido menos largo.

—Mucho me temo que todavía tengais necesidad de esperar un poco más.

—¡Cómo! ¿continúa aun la creciente del río? exclamó la reina con inquietud.

—Estad tranquila, responde Ganich: pronto lo sabremos: voy á verlo. Entretanto mi hermana os acompañará.

Despues de haberse asegurado de que nadie habia, ni podia ser visto, Ganich sale de la gruta, escurriéndose á lo largo de la ribera entre las matas. Llega enfrente del vado; su mirada examina detenidamente el lecho del río. Aunque la violencia de la corriente ha disminuido y la profundidad es todavía considerable, el paso presenta solamente algunos peligros: por otra parte, ya es arriesgado quedar por más tiempo en la gruta: los soldados y aduaneros pueden de un momento á otro descender á la llanura y oponer á los fugitivos una barrera inexpugnable.

Ganich, sin escuchar otra voz que la de su valor, y lleno de confianza en la proteccion divina, se decide: vuelve atrás, y despues de haber abarcado con una mirada toda la campiña, entra furtivamente en la gruta.

Ocultando delante de la reina sus inquietudes:

—Daos prisa, señora, dice: el momento es favorable.

Poco despues, la reina y Ganich se dirigian á la orilla del rio.

---

---

## XII.

### **El vado del Nive.**

El vasco tiene una firme creencia unida á una ciega confianza en la eficacia de la oracion.

A los primeros albores del dia, cuando la oscuridad de la noche empieza á ser disipada por las nacaradas tintas de la aurora, suena el *Angelus*; el vasco salta de su cama y despues de haberse devotamente signado, recita su oracion.

Al medio dia; ved ese hombre encorvado sobre su carreta siguiendo el surco que trabajosamente se abre á su paso. Suena la campana, se detiene, se santigua y se pone á orar.

Es por la tarde; el sol va declinando y re-

coge los últimos destellos que perezosamente abandonan el valle. Sentada delante de la puerta de su casa una madre jóven mece con cariñosa solicitud en su regazo á un hermoso recién nacido; le admira, le sonríe, le distrae cantándole dulces canciones. La oracion suena y la piadosa vascongada se levanta como movida por un resorte; en sus lábios la seriedad ha reemplazado á la sonrisa; al canto ha sucedido la oracion.

Ved en medio de una nube de polvo esos hombres que bailan describiendo un círculo al compás del tamboril y de la *chirula*, imitando con los dedos el ruido de las castañuelas, levantando ya un brazo, ya una pierna, dando saltos, haciendo contorsiones y lanzando atronadores gritos; es la *muchikoa* (salto vasco). De pronto un sonido argentino hiende el aire; el tamboril, la *chirula* y las castañuelas callan; el baile cesa; todas las boinas se inclinan hasta el suelo; cada bailaror hace el signo de la cruz y reza.

Es dia de mercado; las calles están llenas de gentes ocupadas en discutir, regatear; la mirada ardiente, el puño amenazador. Suena la campana, las miradas se calman, los brazos se cruzan, y cada uno pronuncia su oracion en medio del mayor recogimiento.

Al primer toque del *Angelus*, en la taberna, la botella inclinada para verter el líquido en la copa, se levanta; los vasos que ya tocaban los labios, se retiran precipitadamente. En el juego de pelota el entusiasmo cesa como por encanto, los guantes se arrojan al suelo, y si algun imprudente se atreviese á protestar con algun movimiento equívoco ó con algun gesto burlesco, ¡desgraciado de él!

En los momentos de peligro, el vasco manifiesta siempre que es cristiano, que tiene confianza en Dios, haciendo la señal de la cruz. Después de todo acontecimiento feliz da gracias á Dios de los beneficios que le ha concedido, con el elocuente silencio de su fervorosa oracion. En las más triviales acciones de la vida, manifiesta con espontaneidad sincera que á Dios dirige todos los pensamientos y afecciones de su alma.

El padre de familia hace sobre el pan la señal de la cruz antes de distribuirlo á sus hijos. Todas las noches la madre hace el mismo signo sobre la cuna del recién nacido. El día de la Candelaria un cirio bendito arde bajo el techo vasco, y con este cirio todos los miembros de la familia hacen el divino signo sobre su frente.

Luego que hubieron llegado al río, Ganich, fiel á las piadosas tradiciones de su país, se hinca de rodillas, y mojado su mano derecha en el agua, presentó la punta de los dedos á la princesa.

—Haced como yo la señal de la cruz, y orad, dijo.

Una vez rendido á la Magestad Divina este homenaje, se levanta bruscamente, y tomando á la reina sobre sus robustas espaldas, se lanza á la corriente. Hiende las olas con notable valor en medio de los trozos de rocas que el río arrastra; ningun obstáculo le detiene; marcha con la cabeza erguida, orgulloso de su noble carga.

De repente vacila..... una profundidad imprevista le arrastra, comunicando á su cuerpo un terrible sacudimiento. Asustada la reina, da un grito desgarrador; pero por un esfuerzo sobrehumano, el gigante se endereza, y á pesar de la velocidad de la corriente, imprime á su cuerpo un impulso vigoroso. Durante algunos instantes, que parecen siglos, continúa la lucha entre la voluntad enérgica de este hombre y la enfurecida corriente. Por último, despues de un supremo esfuerzo, Ganich llega á la opuesta orilla,

y colocando suavemente á la princesa sobre el césped:

—Ahora, señora, dijo, dad gracias á Dios por que estais en salvó; el camino que vamos á seguir está poco vigilado; los aduaneros saben que solo pueden recorrerlo audaces contrabandistas.



---

---

## XIII.

### **Paso de la frontera.**

Después del infructuoso asalto de la casa de Ganich, el capitán Flamineau, juzgando que á pesar de la afirmación del anciano la reina no podía haber pasado el río, y engañado por falsos informes, no creyó deber continuar sus pesquisas por aquel lado. Retrocedió, pues, con su compañía, y dividiéndola en pequeños destacamentos, dió orden de reconocer las casas de las inmediaciones.

En cuanto á los aduaneros colocados en las orillas del Nive, pensaron que, á no ser por un milagro, ningún ser humano podía vadear el torrente, por cuya razón su vigilancia había disminuido.

Solo así es como puede comprenderse que

Ganich llegara á la opuesta orilla sin ser inquietado.

Despues de media hora de marcha, los fugitivos llegaron á una barranca estrecha y profunda. Allí salió á su encuentro un hombre que estaba oculto entre las rocas: este hombre llevaba bajo el brazo la caja que contenia las alhajas de la reina.

—¡Bien, Manuel! dice Ganich: has guardado fielmente el depósito que te confié: ahora vas á acompañarnos hasta la frontera.

Y volviéndose á la reina:

—Es preciso, señora, añadió que os resigneis á subir esa montaña que se levanta ante nosotros. ¡Valor, pues! Si fuere necesario, entre mi compañero y yo os subiremos á hombros.

La ascension fué dura, penosa. La vertiente presentaba un declive rápido, y el terreno, cubierto de musgo húmedo por efecto de la lluvia, era resbaladizo.

Cuando llegaron á los dos tercios de la montaña, nuestros viajeros encontraron una roca en forma saliente. Al pie estaba el camino que necesitaban seguir para llegar á la opuesta vereda. Penetraron por aquel sendero. A la izquierda habia colocado la naturaleza una gran roca desnuda

y vertical como una muralla: á la derecha, en el fondo de un precipicio, corria un torrente, el cual dejaba apenas percibir el ruido sordo de sus aguas. Más de una vez se sintió la reina acometida de un verdadero vértigo, y era necesaria toda la energía de Ganich para determinarla á seguir la marcha.

—¡Valor, señora! repeta: delante de nosotros está España; detrás el cautiverio.

Y al oír estas palabras la mirada de la reina se animaba, y sacando fuerzas de flaqueza:

—¡Adelante... adelante! exclamaba.

Después de una penosísima hora de marcha en tan peligroso sendero, los fugitivos entraron en una barranca rodeada de zarzamoras que entrelazadas servían de camino para descender á un valle.

Ganich, que marchaba delante, se preparaba á facilitar á la princesa el medio de atravesar un arroyo, cuando su vista de águila distinguió el brillo de carabinas á través del follaje.

Con un gesto rápido hace seña á la princesa y á su compañero: quedan inmóviles, y él mismo, encorvando su gigantesca talla, se oculta detrás de un matorral.

Un instante después se escuchan las pisadas

de los aduaneros: los tres viajeros contienen el aliento, sus corazones laten con violencia.

¿Qué buscaban aquellos hombres en semejante direccion?

¿Habrian descubierto á los fugitivos?...

Un sudor frio inunda el rostro de Ganich. ¿Tantos esfuerzos y sufrimientos serán inútiles? ¿Caerá la princesa en poder de sus enemigos en el momento de tocar el puerto de salvacion?..... Entretanto acercábanse los aduaneros: algunos pasos nada más los separa de la maleza detrás de la cual está Ganich escondido; el choque de las armas contra el ramaje se escucha ya: no cabe la menor duda; ¡los fugitivos han sido descubiertos!... Pronto la voz de aquellos hombres llega distintamente á sus oidos.

—¡Qué ganga! decia uno, ¡cincuenta mil francos para el que prenda á la princesa! Con esto ya se puede esperar la vejez durmiendo á pierna suelta.

—Por otra parte, contestaba otro, como la princesa no se provea de alas para descender desde lo alto de estas montañas, no tiene más remedio que caer en nuestro poder.

Amenizando el viaje con esta conversacion, dejaron atrás la maleza, perdiéndose poco á poco el ruido de sus voces.

Así trascurrieron diez minutos, que parecieron diez siglos á nuestros fugitivos.

Por fin advierte Ganich con placer que las carabinas de sus perseguidores se han ocultado ya en el recodo del sendero, y algo más tranquilos, continúan su interrumpida marcha hácia la frontera.

¡Qué viaje tan penoso para la princesa! A cada paso aumentaban las sinuosidades del terreno: ya es preciso subir altas montañas, ya atravesar profundos precipicios: y todo esto deteniéndose nada más que el tiempo necesario para tomar aliento.

La noble señora soportaba la fatiga del viaje con un valor y abnegacion admirables, teniendo á veces Ganich que contrariarla para determinarla á dejarse llevar á hombros en los pasos de mayor peligro.

Por fin llegaron los fugitivos á orillas de un arroyuelo, límite que separa á España de Francia... Ganich le salta, se detiene en el lado opuesto, y poniendo la mano sobre un poste de granito colocado en un lado del sendero, exclama:

—¡Señora, hé aquí España!

Loca de alegría la reina, se acerca á aquella piedra y la besa con delirante trasporte. Los pe-

ligros, las fatigas, todo lo ha olvidado ya: corre delante de sus guías, á los que cuesta trabajo seguirla. Pronto llegan á lo alto de una colina: desde allí, un espectáculo de los más animados se presenta á la vista, inundando de dulces emociones el corazón de la princesa.

Las tiendas del campamento carlista cubrían la llanura. Los soldados movíanse en todas direcciones. Sus blancas boinas y capotes azules destacábanse admirablemente sobre el fondo verde de las montañas. Unos cantaban aires nacionales al son de guitarras y bandurrias; otros, con atronadores gritos, bailaban el clásico *fandango*: quienes, sentados en rueda al calor de una fogata, gesticulaban con esa vivacidad característica de los vascos. Más lejos aparecía una gran tienda blanca sobre la cual ondeaba una bandera: era la tienda del rey. En el horizonte se destacaba la flecha de un campanario.

De repente Ganich dá un *irrinquina* (1): era la señal convenida con el ejército carlista.

Y al mismo tiempo llena los aires el estampido del cañon, y los tambores, clarines y cornetas esparcen también sus belicosos ecos. Las cam-

---

(1) Grito vasco.

---

panas responden con un repique general, y gritos de alegría resuenan en todo el campamento. Los jefes convocan á sus soldados á las armas, la tropa electrizada fórmase en batalla: piafan los caballos: los sables y bayonetas salen á relucir: la banda militar toca los más animados himnos nacionales: el rey, á la cabeza de un brillante Estado Mayor, sale al encuentro de la princesa.

Pocos momentos despues los régios esposos confundian sus almas en un tierno y entusiasta abrazo.



---

## XIV.

### **Conclusion.**

Durante algun tiempo el ejército carlista contaba sus triunfos por sus combates.

Los generales Zumalacárregui, Elío, Eguía, Villareal, Zariátegui, Urbistondo, Las Torres y tantos otros que se distinguieron por su valor y patriotismo, llevaron la victoria con la bandera de D. Carlos.

Cabrera cubriase de gloria en Aragon, mientras que el rey y su valerosa compañera compartian los peligros de la guerra entre las filas de sus parciales.

Pero un dia la traicion vino á destruir el fruto de tanta bravura, sembrando el desaliento en el corazon de aquellos aguerridos veteranos. Una vez desmoralizados, se dispersan: la ley del ven-

cedor se impone severamente á los vencidos: el rey y la reina, obligados á optar entre el cautiverio con todas sus dolorosas consecuencias, ó la fuga, decidieron abandonar aquellos mismos campos de batalla, cubiertos todavía con los laureles de sus valerosos soldados.

Solo el general Cabrera se sostuvo, merced al prestigio de su nombre, luchando algun tiempo en Aragon; pero este héroe, á pesar de su valor, agoviado por el número, se vió en la necesidad de replegarse hácia la frontera de Francia, desapareciendo con él los últimos defensores del trono de D. Carlos.. . . .

La sociedad es como un inmenso museo decorado de cuadros; unos ofrecen la imágen de la felicidad y la alegría, otros presentan la del dolor y la desesperacion.

¡Aquí una madre, rodeada de sus hijos, los cubre de besos y caricias, sintiéndose dichosa con sus sonrisas de ángel, y con frecuencia, allá, otra desgraciada madre desconsolada, abismada bajo el peso del dolor, inunda con sus lágrimas el cadáver de un hijo amado con delirio!

Una familia vive en el lujo y la abundancia, y bajo el mismo techo, otra muere de hambre, y

un padre no tiene sino lágrimas que ofrecer á la suya para consolarla.

Un hombre, adormecido por dorados sueños, descubre el porvenir puro y hermoso; pero en el mismo dintel de su puerta, su enemigo, con siniestra mirada, medita su ruina y su deshonra.

Pero todavía falta un cuadro á esta galería, acaso el más interesante, el más doloroso, sin duda. Éste cuadro es el de la pobreza vergonzante que se oculta bajo los pliegues de una susceptibilidad esquisita, porque la sociedad zahiere siempre al hombre que desde el apogeo de la fortuna cae precipitado en los abismos de la miseria.

¡Ah! ¡Cuántas privaciones, cuántas amarguras, cuántos y cuán punzantes dolores se ocultan entre las sombras del hogar doméstico!

El pobre vergonzante se lamenta y desespera en silencio; teme hasta las miradas de sus hijos; pero ante el público afecta las grandezas de otros tiempos; vístese de negro, restos de su pasada opulencia, y su mirada estraviada interroga la de los demás; teme que su frente descubra la llaga que en secreto corroe su corazón.

¡Y no es á veces el desórden ni la prodigalidad lo que le ha conducido á tan hondos abis-

mos!..... espera..... no sabe qué..... los días pasan, y el desdichado se ve en el caso de mitigar el hambre.

Entonces no tiene más remedio que recurrir á esos seres degenerados que especulan con el infortunio. Los muebles elegantes, las alhajas preciosas, recuerdos de días felices, se venden á bajo precio.

Y un día, el pobre vergonzante, agobiado por las privaciones y sufrimientos, muere sin que una mano amiga haya podido aliviar aquel infortunio tan cuidadosamente escondido hasta su última hora.

Esta triste pintura se aplica al hombre generoso que he pretendido dar á conocer en este libro, donde me dispensará el lector haber colocado pensamientos alegres al lado de tristes y dolorosas reflexiones.

Ganich prodigó su fortuna por servir á la causa de D. Carlos, prestando para las necesidades del ejército carlista hasta la cantidad de noventa mil francos.

Este desembolso, harto considerable, comprometió su posición; y sin embargo, no se queja, ni ha pensado jamás en reclamarlo.

A consecuencia de los acontecimientos polí-

ticos que terminaron la guerra sostenida por don Carlos, Ganich dejó de estar en relaciones con los partidarios de su causa; pero la simpatía y consideración pública le rodearon siempre, y como á ninguno confió sus penas, todos le creían en situación bastante desahogada.

¡Se engañaban, desgraciadamente!... porque Ganich se encontraba desde algun tiempo á las puertas de la miseria; pero á nadie descubría la lucha que estaba sosteniendo, y se ingeniaba y hacia colosales esfuerzos para retardar siquiera la hora de la catástrofe.

Poco á poco, fueron saliendo de su casa los objetos más queridos, desapareciendo hasta aquellos que tenían para él los más dulces y brillantes recuerdos.

Después, acosado por el hambre, entregó el resto de su fortuna á sus acreedores... He sido testigo de tan doloroso sacrificio, y al escuchar su voz entrecortada por los suspiros, al ver la palidez de su rostro y las lágrimas que á su pesar corrían por sus mejillas, adiviné su infortunio. Entonces me confesó su ruina, y desde aquel momento no he omitido medio alguno para animarle, recordándole frecuentemente los nombres de aquellos á quienes él ayudó y salvó en otras ocasiones.

—No, me ha interrumpido con prontitud; no quiero implorar el reconocimiento de nadie, porque eso sería lo mismo que pretender prevalecerme del bien que haya podido hacerles.

Y con el corazón destrozado y conmovido de ver esta grandeza de alma, inalterable ante la desgracia:

—Puesto que persistís en callar, le dije, está bien: yo hablaré.

Á vosotros, pues, me dirijo, nobles españoles; á vosotros, que habeis admirado el valor y la abnegacion de este hombre extraordinario; á vosotros, antiguos partidarios de la causa de don Carlos; y á vosotros tambien, hombres de corazón, para quienes la fé política constituye una especie de religion veneranda, un partido es semejante á una gran familia, y todos los miembros de una familia son solidarios entre sí. Vosotros, pues, no dejareis en la indigencia al hombre que tan generosamente sostuvo vuestra bandera.

La educacion que el hombre recibe graba en él sus opiniones políticas, y con frecuencia su clase le señala la bandera que debe seguir. Pero el que no tiene ni educacion ni tradiciones de familia que le obliguen, no tiene otra fé que

aquella que le sugieren las circunstancias y la exaltacion de su carácter. Educado en medio de los bosques y de las montañas, se entusiasma con cualquier partido, siempre que lo juzgue digno. Ganich ha servido á un príncipe que defendia su derecho á una corona: hubiera pretendido un imperio, y de la misma manera se habria sacrificado por su causa.

El hombre ignorante no conoce ni la Ley Sálica, ni los derechos de los soberanos: vé solamente la desgracia que llega á su puerta pidiéndole proteccion, y le tiende la mano.

Por eso me dirijo tambien á vosotros, hombres de todos los partidos, que sabeis sobreponer á las opiniones políticas el honor y la abnegacion coronados con la triste aureola de la desgracia.

Á vosotros me dirijo, por último, séres afortunados, que acaso debéis á este hombre una parte del lujo que os rodea: por vosotros arrojó numerosos peligros, y hubo un tiempo en que le buscábais para sentarle á vuestra mesa. ¿Le rechazareis ahora porque es viejo y pobre?... No; vosotros demostrareis todos que en el corazon humano hay siempre lugar para el agradecimiento.

En cuanto á vosotros, queridos compatriotas,

vascos de alma ardiente y corazon generoso: vosotros, que admirais á este hombre le llamais, como yo, *el héroe del país*, no solamente le ayudareis, sino que tambien unireis todos vuestros esfuerzos para asegurarle una vejez dichosa, presentándole siempre y en todas partes como el tipo más perfecto del valor, la lealtad y el honor.



---

---

## APÉNDICE.

El señor duque de Madrid ha leído este libro una, dos, más veces. Profundamente conmovido, ha sentido humedecerse sus ojos; y en uno de esos arranques tan propios de su hermoso corazón:

—«¡Pobre Ganich! ha exclamado. El nieto de Carlos V sabrá recompensar á los que, como tú, fueron héroes de una causa que hoy es la mia.»

Ganich es hoy objeto de frecuentes y animadas conversaciones en el Bocage. Comentarios entusiastas inspira á doña Margarita el heroísmo del generoso vasco-francés. Interrumpiéndola un día D. Carlos:

—«Es verdad, dijo, y aparte de otras consideraciones, solo el deber de acreditar con obras mi gratitud á los veteranos de la guerra civil, me haria desear verme en posesion del trono de

España.» Y continuó: «Aun cuando tuviera muchas coronas que dar y muchos tronos que ofrecer... no, ni aun entonces podría yo premiar dignamente á los que con tanta grandeza de alma se han sacrificado por nuestra causa... Dios vé mis intenciones. Él me bendecirá.»

Estas nobles palabras son una gran recompensa para hombres de corazon como Ganich.

La gratitud que, vinculada en las familias, se perpetúa de unas en otras generaciones, es la más brillante apología, es el elogio que más satisface los delicados sentimientos del hombre. Ganich alcanza esa gloria. Doña Blanca de Borbon y Borbon sabe la historia y conoce el retrato del intrépido y desinteresado salvador de su augusta y muy querida bisabuela (1).

¡Quiera Dios conceder al religioso Ganich, en galardón de su virtud perseverante, la dicha inefable de ver el triunfo de la legitimidad en España!

VICENTE DE MANTEROLA.

---

(1) Lo es por afinidad. Con este cariñoso nombre la conoce la inocente y amable infantita.



# INDICE.

---

	Páginas.
DOS PALABRAS AL LECTOR. . . . .	5
I. El paso del Roldan. . . . .	7
II. Un palacio improvisado.—Los gitanos. . . . .	15
III. La fé religiosa en el país vasco.	23
IV. El castillo de Belzunce.—La prin- cesa de Beira. . . . .	31
V. Trajes vascos y juegos populares.	39
VI. La tempestad. . . . .	47
VII. Un cuerpo de guardia en Mon- caye. . . . .	53
VIII. Fuga de la princesa de Beira. .	61
IX. Asalto de la casa de Ganich. .	67
X. Un entierro. . . . .	79
XI. Conversacion en la cueva. . . .	87
XII. El vado del Nive. . . . .	107
XIII. Paso de la frontera. . . . .	113
XIV. Conclusion. . . . .	121
APÉNDICE. . . . .	129





Esta obra se vende en todas las librerías de España y América al precio de 4 rs. en Madrid, 5 en las provincias y 10 en Ultramar y Filipinas.

Puede adquirirse enviando su importe en letra al administrador de *La Margarita*, Serrano, 14, 3.º, en MADRID, y al Sr. Sanz y Gomez, calle de la Estacion, en VITORIA.

En Francia se halla de venta al precio de 1 franco, 50 céntimos en la librería de Mr. Desplan, BAYONA.